

ANTOLOGÍA Z

SOMOS LEYENDA



Somos
LEYENDA

Athnecdotario
Incoherente



Índice

PRÓLOGO	5
EL VIEJO Y LA CARRETA	8
SAMHAIM.....	20
LA NOCHE A TRAVÉS DE UNA LUZ MUERTA	27
LAS INCREIBLES MEMORIAS DE DAVID ALBA.....	40
ANA	49
DESOLACIÓN.....	54
BIENVENIDOS AL NUEVO MUNDO.....	61
LA PRINCESA Y EL ZOMBI.....	66
YA VOY, CARIÑO	70
EL HAMBRE	78

PRÓLOGO

Los zombies son unas criaturas fascinantes. No sólo son capaces de atemorizar y sacar lo peor de cada uno sino que, si miramos un poco más allá, es por ellos por lo que nos encontramos hoy aquí con una sola finalidad, la de disfrutar de la lectura de una selección de relatos sobre el tema de lo más variado.

Hace ya muchos años que nació este proyecto llamado "Somos leyenda", antes conocido como "Apocalipsis Zombi". La gran mayoría llegamos de la mano de M. Loureiro para hablar sobre este género de terror, que por aquel entonces era poco conocido y mucho ha llovido desde aquellos días. El número de aficionados y seguidores de la historia creció y a esta casa llegaron más personas ávidas de conocer sobre el tema que tan olvidado parecía por aquel entonces.

La gente se reunía para escribir cientos de relatos paralelos a aquella obra, y así iba creciendo este lugar. Entonces ocurrió el "boom". Ya no sólo podíamos encontrar caminantes en la gran pantalla sino que, para muchos amantes de la lectura, esta criatura cobró vida en el papel haciendo las delicias de más de uno.

Y en medio del partido, cuando este género está en alza y mucho se ha escrito sobre el tema, lo que más me sorprende a día de hoy, es la capacidad de la gente de innovar y dar frescura a un género que abarca mucho y que ha unido a tanta gente.

Esta antología pretende eso, recopilar los relatos más originales sobre el tema para provocar las delicias del lector y mantenerlo enganchado hasta el final.

Cuando Athman me pidió ayuda para participar en el jurado, no me lo pensé dos veces. Disfruté como una enana leyendo y releendo los relatos y si he de ser sincera, alguno de ellos me dejó gratamente sorprendida. Espero, querido lector, que a ti te ocurra lo mismo y disfrutes de esta selección, pero sobre todo espero que pases un buen rato leyendo ya que, al fin y al cabo, es la finalidad de todo buen libro.

No diré que ha sido fácil, como me esperaba de buenas a primeras. Ha sido un largo y duro camino el que nos trae hoy aquí. Y algunas personas se han dejado la piel, y las ganas, en el intento de que esto viera la luz.

Yo personalmente he podido recordar por qué este género me gusta tanto: Verdaderamente los zombies no son el problema, no son ellos los que más miedo dan, sino la capacidad de estas criaturas, ya sea en el papel o en la gran pantalla, de sacar lo peor, aunque en algunos casos también lo mejor, de cada uno de nosotros como individuos.

Pero todo esto no hubiera sido posible sin la iniciativa de Athman. Muchos lo conoceréis por ser un excelente forero de Somos leyenda, pero también es el creador del blog Athnecdotario Incoherente, un rincón de obligada parada en la red para todo aquel que quiera disfrutar de buena compañía. Así que mis palabras finales son para él, para agradecerle todo este proyecto, la ilusión puesta en el mismo, pero sobre todo por su INFINITA PACIENCIA para que esto viera la luz, cuando surgieron cientos de complicaciones. Gracias Athman.

-Lucia Pérez Sainz-

Son muchas las personas las que han colaborado en este proyecto y sirvan estas líneas para darles las gracias por su ayuda, tiempo y dedicación desinteresada.

A los miembros del jurado, que se vieron en la tesitura de elegir los relatos que integran esta antología y cumplieron su cometido con una honestidad y argumentos irrefutables:

—Lucia Pérez Sainz

—Carlos Martínez

—Eduardo Casas Herrer

—Fernando Martínez Gimeno

—Lualvarimp

A los compañeros y amigos del foro "Somos Leyenda", que lejos de ser simples usuarios, se han comprometido en esta historia, bien sea participando con sus relatos, bien haciéndose eco de la salida de esta antología en sus sitios web.

A todos los que han participado y pese a no resultar elegidos, han aportado su contribución, animándonos por seguir adelante y preparando sus plumas para la siguiente convocatoria.

A Trevas, por hacernos un hueco entre exámenes para realizar las tareas de maquetación y sus siempre sabios consejos.

A Nacho de Marcos, excelente ilustrador, buen amigo y mejor persona, por estar siempre ahí, dispuesto a echarnos un capote cuando lo necesitamos.

Y por supuesto a vosotros, mis queridos Lectores Ausentes. Gracias por dedicarnos parte de vuestro tiempo. Gracias por tomaros la molestia de leernos y sobretodo, gracias por considerarnos dignos de atención.

Un saludo.

-Athman M. Charles-

EL VIEJO Y LA CARRETA

Álvaro Peiró Burriel

I

La carreta avanzaba por el páramo a paso lento mientras el Sol refulgía en lo alto del cielo. Los rayos abrasaban el ambiente del semidesierto, quemando los pulmones de los pocos reptiles que vivían por la zona. Los ejes de las ruedas crujían con chasquidos secos a cada tramo que recorrían, dando la impresión de que podían romperse en cualquier momento.

El conductor manejaba el aparato con destreza, guiando a la mula por los senderos menos peligrosos. Era un hombre viejo de mirada astuta, cuyos ojos marrones recorrían el páramo de un lado a otro en busca de posibles peligros que acechasen fuera de la antigua vía. Un sombrero ancho y deshilachado cubría las canas de su cabeza, resguardándolo un poco del extremo calor. De vez en cuando el viejo bebía de un odre de cuero y, cuando lo creía necesario, paraba la carreta y le daba de beber al animal. El agua no era un problema: además de la mercancía que transportaba llevaba otra docena de odres, los suficientes para pasar el semidesierto. La comida tardaría en escasear, ya que el viejo era tan enjuto que no necesitaba apenas alimento para aguantar el viaje, permanecía vivo y enérgico casi por costumbre.

Hacía casi una semana que había dejado el pueblo donde había comenzado el viaje. No había visto ningún asentamiento humano desde entonces. Las pocas comunidades que habían sobrevivido al Apocalipsis permanecían resguardadas entre gruesos muros y nadie pensaba en salir fuera de la seguridad de las murallas. Aventurarse solo por la naturaleza equivalía al suicidio, bien fuera atacado por los bandidos o engullido por los zombies. Aquellos seres deambulaban por el mundo en busca de los resquicios restantes de la Humanidad, incansables ante el sufrimiento del mundo. Porque no sólo el ser humano languidecía ante su propia destrucción: la naturaleza también estaba muriendo en esta zona, víctima de las armas que el hombre había utilizado en un principio para librarse de la infección.

La carreta subió perezosamente una colina y el viejo detuvo la marcha al llegar a lo alto. El horizonte seguía igual de desolador. Matorrales raquíuticos abrían con esfuerzo la tierra seca buscando la poca agua del subsuelo. El viento levantaba pequeñas nubes de polvo, de un espesor tan fino que parecían velos espectrales. Una pareja de aves volaban en dirección este, donde calculaba que estaba el mar. El viejo oteó el horizonte mientras notaba cómo sus labios se agrietaban de forma casi imperceptible por la sequedad del ambiente. Comenzó el descenso.

A lo lejos, una pequeña figura permanecía al margen del camino. El viejo dejó que el tiempo pasase hasta que percibió con más detalle aquella forma. Era un hombre, sin mutaciones de ningún tipo. El viejo había visto muchos mutantes a lo largo de su vida, por lo que tenía un criterio sólido para tratarlos. Tampoco era un bandido. Al menos ya no: si lo fuera estaría escondido, a la espera de los pocos viajeros para emboscarlos. Descartó la idea de que fuera un señuelo, su instinto estaba bastante seguro de ello. Aquel vagabundo permaneció ajeno al recorrido de la carreta hasta que el viejo detuvo la marcha y paró a su lado.

—Éste no es un buen lugar para descansar, compañero. Eres un blanco fácil para los podridos y demás peligros.

El hombre levantó la mirada y la dirigió al viejo. Sus ojos marrones lo escrutaron durante un breve periodo de tiempo, considerando si era un peligro.

—No estoy descansando —dijo—. Estoy esperando.

—¿A qué?

—A mi muerte —Sentenció con pesadumbre—. ¿Qué otra cosa podría suceder en este páramo infernal? Estamos en medio de ninguna parte y los míos me han repudiado. El exilio o la hoguera. Esto me pasa por meterla en agujeros que no me conciernen.

Se refería a los bandidos, por supuesto. Las pocas mujeres que seguían el camino de salteadoras de caminos estaban ligadas a los líderes de las bandas, casi siempre como consejeras y profetisas sexuales. Que un subalterno cualquiera fuera descubierto en plena faena con alguna de ellas habría molestado a los grandes jefazos. Compadeció su suerte.

—Podrías intentarlo al menos. Con un poco de suerte conseguirías escapar de este lugar.

—Imposible. Los míos controlan la frontera este y si me vieran me matarían. Te habría roto el cuello y robado la cartera para ir hacia el oeste si no fuera porque me estás apuntando en este mismo instante.

—Chico listo— dijo el viejo con una carcajada.

Un cañón de escopeta asomó por encima de sus piernas para confirmarlo. El bandido asintió resignado y agachó la cabeza, indicando que la conversación había terminado. Aun así, el viejo no se movió y mantuvo su sonrisa característica.

—Ven conmigo —dijo—. Pasaremos juntos el desierto. Si llegamos a encontrarnos con tus antiguos compañeros te esconderás entre la mercancía hasta que lleguemos a las praderas del este.

—¿Por qué lo haces? El riesgo de que te pillen es muy alto.

—Siempre me viene bien una mano extra, me estoy haciendo viejo y estos viajes ya no son un camino de rosas. Zombies, bandidos, mutantes... demasiado para alguien tan desvalido como yo.

Obviamente mentía, pero lo escondió muy bien detrás de su máscara alegre y vital. El bandido pudo detectar el olor a quemado tras sus palabras pero no dijo nada, su situación no era la mejor para cuestionar al viejo. Aceptó la mano que el anciano le ofrecía y con su ayuda se acomodó a su lado.

—¿Cómo te llamas chico?

—Noah.

—Bien, Noah. Vámonos entonces —dijo el viejo—. Aún queda tiempo hasta que anochezca.

La carreta continuó la marcha por el viejo camino.

Diario de Noah. Día 867 desde que tengo el Diario. Dos días desde que conocí al viejo. Anochece.

Sigo conociendo al anciano. A primera vista parece una persona alegre, pero estoy seguro de que me oculta algo. Le he preguntado sobre su trabajo. Se ha limitado a sonreír y responderme que es mensajero. Según él, se encarga de mantener comunicadas las distintas poblaciones conocidas. Él recoge paquetes y los entrega en su destino a cambio de provisiones y unas monedas de oro. ¿Cuánto tiempo lleva haciéndolo? No lo sé, ni el mismo parece recordarlo. Dice que mucho antes de que empezase a peinar canas. Si fuera así, sería más peligroso de lo que sospechaba. Si ha sobrevivido todos estos años debe de ser por algo.

Me ha mirado raro cuando ha visto el Diario. Se ha reído, dice que soy el primer bandido que sabe leer y escribir que él conoce. Ha intentado indagar en mi pasado pero no ha averiguado mucho. Tampoco hay mucho que contar, tuve suerte de tener una madre que me enseñase. Gracias eso conseguí un buen puesto y me alejé de las patrullas por el desierto, alguien tenía que analizar los pocos mensajes que circulaban por la zona. De ahí saqué el Diario, con lo poco que aprecian el papel mis ex-compañeros no fue difícil hacerme con él para desahogarme.

Aun así, lo guardaré con cuidado, no quiero que el viejo hurgue en mis pertenencias.

Diario de Noah. Día 870 desde que tengo el Diario. Cinco días desde que conocí al viejo. Por la tarde.

El viaje da para mucho. Va soltando prenda sobre su pasado a cuentagotas. Estuvo casado una vez y tuvo una hija. Por el silencio que hizo cuando le pregunté, supongo que ambas están muertas. Hasta ahí mi investigación. Sin embargo, las pocas conversaciones que mantenemos aligeran el viaje. Ambos estamos aprendiendo a confiar el uno del otro, pero nos mantenemos fieles nuestra cautela.

Hoy hemos visto un zombie. Estábamos pasando cerca de unas pequeñas colinas cuando el viejo lo ha visto. Estaba en la entrada de una pequeña cueva, medio oculto en la penumbra. Durante unos momentos el ser ha dudado y se ha acercado hacia nosotros. El viejo simplemente ha apremiado a la mula y hemos cogido distancia. Sorprendentemente, cuando ha visto que no nos podía alcanzar, ha regresado a la cueva. Le he comentado esto al viejo. No nos hemos puesto de acuerdo en si era un zombie o un mutante. Y aprovechando que tenía ganas de hablar, me ha dado una clase de historia:

“Cuando el Apocalipsis comenzó, el virus se esparció por todo el mundo. En cuestión de un mes o mes y medio todos los grandes continentes habían caído, sólo las pequeñas islas se mantenían relativamente a salvo. No existía cura, pero algunos hombres y mujeres eran resistentes a la infección. Estos fueron los peores: el virus los volvió agresivos, rápidos e incansables. Además conservaron una parte marginal de raciocinio, con lo que diezmaron la población incluso más que los zombies “puros”.

Con el paso de los años la naturaleza siguió su curso. Los zombies se secaron un poco (pero no te engañes, siguen igual a cuando comenzó todo) y los otros perdieron su velocidad y agresividad. Estos últimos, sin embargo, continuaron su propia cacería y, cuando fueron muriendo, los sustituyeron sus descendientes. Así, mientras los zombies permanecieron inmortales ante el tiempo, los otros degeneraron en una subraza monstruosa a los que años más tarde se les llamaría mutantes. Ahora estos seres tienen su propia sociedad caníbal en los lugares más peligrosos y todos nosotros intentamos evitarlos en la menor medida de lo posible.

Más o menos eso dijo. Una historia interesante y, por primera vez, creo que el viejo me ha dicho toda la verdad.

Diario de Noah. Día 871 desde que tengo el Diario. Seis días desde que conocí al viejo. Mediodía.

Nos acercamos a la frontera del desierto. El camino que estamos siguiendo se ha usado como ruta comercial desde incluso antes del Apocalipsis. Pocos comerciantes transitan por aquí hoy en día, pero mis ex-compañeros suelen mantener una aduana para sacar todo lo posible de los pocos aventureros que se atreven a entrar al desierto. El viejo ya lo sabía cuando se lo he comentado. No nos podemos arriesgar a que me pillen, por lo que estoy escondido entre la mercancía, tapado bajo unas mantas. Si esto sale bien, no volveré por aquí nunca jamás.

II

Llegaron a la aduana bien entrada la noche y eso fue su salvación. La ausencia de viento permitía escuchar el traqueteo característico de la carreta, anticipando su paso unos cien metros. La luna estaba en cuarto menguante, pero aún proyectaba la suficiente luz como para distinguir contornos y algún que otro detalle. Hacía medio día que no hablaban abiertamente y, siempre que era necesario, se susurraban escuetas indicaciones que no lograban aliviar la tensión creciente.

Una pequeña luz les advirtió a tiempo del momento crucial. Sin que el viejo dijese nada, Noah se escondió aún más entre un montón de paquetes al fondo de la carreta, formando un ovillo. Poco a poco la luz fue creciendo hasta que un hombre con una antorcha emergió de la semioscuridad. Su cara estaba cubierta de horrorosos bultos que le desfiguraban el rostro, secuela de alguna de las extrañas enfermedades del desierto. Iba acompañado de otro hombre más bajo y enjuto, cuya figura le recordaba la silueta de una rata bípeda. Ambos iban enfundados en capas de color marrón, de una tonalidad parecida a la arena del lugar.

—¿Qué tienes ahí? —Preguntó el hombre desfigurado, a quien el viejo apodó en su mente como Carabosa—. ¿Algo que declarar?

— Nada de valor, salvo mis provisiones propias, unos cuantos paquetes de correo y una dentadura intacta que Dios me ha dado.

—No te pases de listo, viejo —Dijo el hombre enjuto. El nombre más acertado para él era Jerry—. A ver si este desdentado te va a partir la cara contra el suelo.

—Cálmate chaval —le espetó Carabosa—. No queremos despertar a todo el puto desierto. Registra la carreta y acabemos con esto.

Jerry refunfuñó algo indescifrable y fue a la parte trasera. La mercancía estaba tapada por una manta para protegerla del sol y el viento. La echó hacia atrás. Noah ahogó una exclamación al sentir cómo casi toda la manta caía sobre la zona donde estaba. Los minutos pasaron lentos mientras el hombre rebuscaba entre los distintos paquetes y el viejo negociaba el soborno con Carabosa, aflojando las monedas poco a poco. Cogió uno de los odres y, tras comprobar que era agua, dio un par de tragos. También saqueó parte de las provisiones y metió algún que otro trozo dentro de su boca, dejando que la saliva ablandara la carne dura que tenían almacenada; el resto fue a parar a sus bolsillos. Finalmente abrió un paquete al azar y examinó su contenido, encontrando un montón de cartas que desdeñó con un interés analfabeto. Si su mano hubiese cogido el fardo de la izquierda, habría rozado uno de los muslos de Noah y su aventura habría acabado.

—¿Has acabado? —Preguntó Carabosa—. Pues vámonos, no quiero perder más tiempo aquí.

Ambos hombres volvieron por donde habían venido y desaparecieron entre las colinas cercanas. Solo cuando la luz de sus antorchas se difuminó entre la oscuridad, la carreta avanzó. Estuvieron atentos durante un buen rato ante cualquier ruido extraño en el camino hasta que su temor quedó disipado. Tras dos horas, Noah se asomó desde su escondite.

—¿Cuánto te han sacado?

—No tanto como les habría gustado —Dijo el viejo. Para demostrarlo, sacó una pequeña bolsa tintineante de la bota izquierda mientras sonreía—. A este viejo aún le quedan un par de trucos en la manga antes de palmarla.

Ambos rieron ante la ocurrencia. Hacia el horizonte el suelo iba cobrando vida. Pequeños arbustos y algún que otro árbol diminuto luchaban por ganarle la batalla al desierto, mientras la vegetación aumentaba un poco más al este. Pronto lo dejarían atrás.

Diario de Noah. Día 873 desde que tengo el Diario. Ocho días desde que conocí al viejo. Después de una buena siesta.

Llevo dos días en los que no paro de sorprenderme. Para alguien que nunca ha salido de aquel páramo desolado, es increíble ver todo verde alrededor. Mire donde mire siempre veo árboles a lo lejos, con un inmenso prado a mis pies. Seguimos yendo por el camino, hacia un lugar llamado Nueva Loma, uno de los pocos asentamientos que fueron construidos después del Apocalipsis. El viejo tiene uno o dos conocidos allí, nos tratarán bien. Me ha dicho que si quiero quedarme allí los aldeanos no harán preguntas, su palabra les bastará para que no abran la boca. Le he dicho que no, todavía. Mi sueño es ver el mar, vivir cerca de él. Mi madre me contaba cosas grandiosas sobre los océanos y los animales que lo habitaban. Nunca me dijo cómo sabía tanto del mar, eso es algo que se guardó para sí mismo.

Aprovechando la vegetación, hemos cogido frutas de varios árboles que había cerca. También hemos cazado un animal al que el viejo llama "liebre". Está buenísimo,

después de días malviviendo a base de raciones sin sabor ya era hora de disfrutar de una buena comilona. Estamos a la orilla de un río, disfrutando del buen tiempo. Si todo sale bien, llegaremos a Nueva Loma mañana al anochecer.

III

Las puertas de la muralla estaban abiertas y no se veía un alma. Noah y el viejo percibieron ese detalle a dos kilómetros de su destino gracias a la luz de la luna llena. Una columna de humo de tamaño considerable ascendía desde el centro del pueblo mientras un aura naranja asomaba por encima de las murallas. Parecía que nadie estaba apagando el fuego de lo que seguro era un incendio, lo que aumentó sus sospechas.

—Quizá deberíamos rodear el pueblo. Siempre podemos acampar al raso y explorar cuando amanezca.

Noah estuvo de acuerdo. Amparados en la oscuridad que los mantenía ocultos, trazaron un semicírculo alrededor de la villa para continuar hacia el este. El silencio dominaba la escena, ambos sentían un peligro oculto y todavía desconocido dentro de aquellas paredes reforzadas. ¿Dónde estarían los habitantes? ¿Habrían huido? ¿Estarían muertos o algo peor? No podían descartar nada.

Alcanzaron el otro lado del camino a los pocos minutos. La puerta también estaba abierta. Debajo del marco una figura permanecía agachada, sumergida en una especie de estado catatónico.

—¿Qué es eso? —Preguntó el viejo—. Dime qué ves chaval, mi vista ya no es tan buena en la oscuridad.

Noah se abstuvo de entrar en detalles. Un zombie estaba encima de un cadáver, con la mirada absorta en las vísceras de su víctima. Su mandíbula masticaba órganos vitales lentamente en una degustación cansina, como si no tuviera ganas de hacerlo. Un hilillo de bilis le resbalaba de entre los dientes mientras su pecho se empapaba de la sangre de su víctima.

—Han sido los podridos, han atacado Nueva Loma —Explicó Noah—. No parece que haya nadie vivo dentro.

—¿Zombies? ¿Estás seguro? ¿Algún mutante entre ellos?

La experiencia del viejo le había demostrado que ambos monstruos casi siempre iban aparejados. Muchas veces los mutantes usaban a los zombies como peones en pequeñas emboscadas contra los vivos, pero su limitada inteligencia no les daba para grandes planes. Al menos que ellos hubieran visto.

—No, parece que no —Contestó Noah—. Es más probable que la infección se hubiese extendido por el pueblo en algún descuido. Aun así no deberíamos entrar. Es mejor que nos alejémonos.

El viejo asintió y encarriló la carreta por el camino, de nuevo al este. Noah echó una última vista atrás para comprobar que el zombie seguía en su sitio. Éste permanecía en la misma posición, solo que ahora miraba hipnotizado el firmamento. El bandido reflexionó unos instantes sobre si los zombies podían sentir emociones como la sorpresa o la admiración, pero lo descartó al instante: la única sensación que podían tener era furia, una ira incontrolable que siempre iba ligada al ansia de carne viva.

Una figura tambaleante surgió corriendo de unos matorrales a los pocos minutos. El viejo disparó antes de que pudiera acercarse aún más a la carreta. El cuerpo retrocedió un metro por el impacto y cayó redondo al suelo. A unos metros escucharon un grito humano. Noah encendió una antorcha lo más rápido que pudo y el escenario se clarificó en un radio circular. Habían disparado a un hombre de unos cuarenta años. Tanto sus vaqueros como su camiseta estaban empapados de sangre que aún brotaba por el boquete que el disparo había producido. A su lado, una niña de ojos verdes y vestido descolorido miraba en shock el cadáver. A los pocos segundos aparecieron un hombre y una mujer. Ambos miraron con horror al viejo y retrocedieron unos pasos.

—Lo has matado... ¡Hijo de puta, lo has matado! —Gritó la mujer en un ataque de histeria. Intentó correr hacia la carreta pero el hombre la detuvo con todas sus fuerzas. El cañón de la escopeta ahora apuntaba hacia ellos.

—¿Quiénes sois? —Dijo el viejo—. ¿Sois del pueblo? ¿Qué ha pasado?

—Ya no queda nadie vivo ahí. —Contestó el hombre—. La infección se extendió silenciosamente sin que pudiésemos detenerla. Diezmó nuestras defensas. Los pocos que sobrevivimos huimos en desbandada. No sabemos qué ha pasado con los demás —Un brillo de reconocimiento apareció en su mirada en cuanto la desvió hacia la cara del viejo—. Un momento, te conozco. Eres el viejo mensajero ¿verdad? No te esperábamos hasta la semana que viene. ¡Gracias a Dios que apareciste! Ahora tenemos la oportunidad de llegar hasta Nheirat con vuestra ayuda.

Noah miró al viejo en un gesto de pregunta. Las provisiones no alcanzaban para todos ellos, además aquellos pueblerinos los necesitaban más de lo que ellos podían sacar de beneficio. Sin embargo la severa mirada del anciano no dejaba lugar a la mínima réplica.

—Está bien, subid a la carreta y vámonos. Debemos poner distancia antes de que los disparos atraigan a los podridos de alrededor.

—Yo no pienso ir —Dijo la mujer—. ¡Han matado a Ricardo, por Dios! ¡Asesinos!

—Fue un accidente —Contestó el viejo—. Siento mucho lo de vuestro compañero.

La mujer le fulminó con la mirada, como si estuviera considerando matarlo en ese mismo momento. Sin embargo pronto cedió ante la evidencia y asintió sin fuerzas. El hombre apoyó una mano en su hombro para darle ánimos. Luego se giró hacia la pequeña.

—María, vamos. Sube a la carreta.

La niña levantó los ojos y obedeció con la mirada aún medio perdida. Noah bajó de la carreta y les ayudó a cargar el cuerpo del fallecido en la parte trasera. Cuando todos estuvieron listos, el viejo hizo un sonido y la mula reanudó la marcha, continuando el camino hacia el este.

Diario de Noah. Día 875 desde que tengo el Diario. Diez días desde que conocí al viejo. Por la tarde.

Nuestro camino hacia Nheirat, el siguiente pueblo de la ruta, continúa con un grupo más grande.

Diego parece un buen hombre. Ricardo, el hombre que el viejo mató, era su cuñado. Juntos llevaban la única taberna de Nueva Loma. Su mujer murió a manos de los podridos y, según él, estuvo a punto de seguirla de no haber sido por un golpe de suerte. A pesar de su tristeza inicial, desde que enterramos a Ricardo ha tomado una actitud más resignada y práctica. Su prioridad ahora es cuidar a la niña, María, tan bien como pueda.

La chica es un encanto, aunque a veces su mirada inquieta un poco. No es familiar de ninguno de los dos, aunque conocían a sus padres. Se niega a contarnos su historia, es muy tímida y tiembla ante el mínimo ruido. Suponemos que la pobre tuvo que escapar de sus propios padres para que no la matasen, o algo peor. Se niega comer carne, sólo acepta frutas y verduras, estas últimas siempre crudas. Espero que sea algo pasajero, fruto de algún trauma que desaparecerá con el tiempo.

Y por último Marta, la chica misteriosa. No habla conmigo, menos aún con el viejo. Ricardo era un buen amigo y supongo que nos culpa de lo que pasó a pesar que no fue intencionado. Cuando necesita algo se lo pide a Diego o lo usa de intermediario para comunicarse con nosotros. Si soy sincero, me gusta, y mucho. Cada vez que la miro, me quedo embobado viendo sus ojos, echando miradas furtivas para memorizar todos los rasgos de su cara. No es mucho más joven que yo. Si no fuera por la situación actual, me lanzaría y hablaría con ella.

Diego y el viejo están discutiendo sobre la ruta que seguiremos hacia Nheirat. Nuestro compañero estaba visiblemente nervioso al principio, pero el viejo ha conseguido calmarlo. Me pregunto qué es lo que le pone tan histérico.

Diario de Noah. Día 876 desde que tengo el Diario. Once días desde que conocí al viejo. Amanece.

Ayer por la noche María se acercó a mi lado y me besó con ansia. Me dejé guiar por ella hasta un lugar un poco más apartado del campamento. Ahí follamos mientras ella me seguía metiendo la lengua casi con furia. Creo que ambos descargamos toda la tensión de los días anteriores en aquel polvo magnífico. Tardamos en dormir. No me odia tal y como pensaba, sólo desconfiaba de mí por ayudar al viejo. A él sí que lo aborrece en cuerpo y alma, no le perdonará nunca. Dice que le atraigo, pero no hay amor de por medio. Mejor, ninguno de los dos estamos como para meter al amor en este viaje. Por ahora estamos bien así, disfrutando de la compañía del otro para hacer más llevadero el viaje.

Cuando el viejo despierte, me ofreceré voluntario para cazar algún conejo o recolectar comida. Estoy seguro de que María me seguirá.

Diario de Noah. Día 878 desde que tengo el Diario. Trece días desde que conocí al viejo. Mediodía.

El viejo ha discutido con Diego durante más de media hora, casi llegan a las manos. No es para menos, pretende hacernos pasar por mitad de territorio mutante ¿Y aun así quiere que no nos quejemos? Chochea si pensaba que íbamos a dejarnos convencer así como así, aunque no se cómo, pero se ha salido con la suya. Nos ha asegurado que el territorio mutante es relativamente pequeño, con pocos de esos seres merodeando por ahí. Los pocos que se enteren de nuestra presencia nos evitarán tanto como nosotros a ellos. Ninguno está contento con la idea, pero no queda más remedio. Dar media vuelta y rodear la cordillera que se va dibujando ante nosotros nos haría perder media semana, y tampoco sabemos cómo está la situación en el sur. Más vale malo conocido que bueno por conocer. Tanto María como yo dudamos de esto último. Respecto a ella, seguimos igual. Le he comentado mi idea de ir a la costa. Tal vez me siga en mi viaje. Aunque no se lo diga a la cara, nada me haría más feliz.

Faltarán dos días hasta que entremos en territorio mutante. Y para colmo, el cielo amenaza con tormenta.

IV

Las montañas proyectaban su imponente sombra en el camino mientras el viento soplaba con fuerza en dirección sur, arrastrando pequeñas nubes de hojas arrancadas. Habían visto cómo la silueta de aquella pequeña cordillera crecía según pasaban los días y ahora simplemente resultaba inquietante. Estaban cruzando un desfiladero artificial kilométrico de unos diez metros de altura, creado por el hombre antes del Apocalipsis. Pequeños desprendimientos tapaban parte de los flancos del camino, obligando al viejo a maniobrar en ocasiones críticas. La carretera había desaparecido hacía tiempo y ahora sólo quedaba una suerte de camino de tierra. Ningún rayo del sol se colaba por el techo del acantilado a esas horas. La lluvia del último día había embarrado todo, por lo que el avance era dificultoso. Aún les quedaba media hora para dejarlo atrás.

—Este sitio no me gusta —Dijo María en un mohín de miedo—. ¿Cuánto falta para llegar al otro lado?

—Poco.

La conversación llegó hasta ahí, pues los adultos estaban atentos a los lados del barranco. No podían olvidar que estaban en territorio mutante. El viejo había asegurado reiteradas veces que los dejarían en paz, pero Noah y los demás no estaban tan seguros, no cuando sabían que aquellos seres se guiaban por su hambre carnívora más que por su limitada inteligencia.

La carreta se paró con un crujido. Diego cayó al suelo hacia atrás por el súbito parón. Marta y Noah lo ayudaron a levantarse mientras el viejo examinaba el eje trasero de la carreta. Aparte de estar lleno de barro, no parecía que se hubiese roto nada. A su lado, el viejo maldecía.

—Mierda, están atascadas —Señaló una de las ruedas, hundida en un hoyo embarrado—. Lo tenía que haber supuesto, con tantos baches estaba cantado. Una vez pasemos el desfiladero no debería haber tantos, el sol habrá secado la tierra afuera. Venga vamos, no nos quedemos parados.

Todos menos el viejo comenzaron a empujar desde atrás, mientras éste manejaba a la mula para que continuase avanzando. Tras medio minuto haciendo fuerza lograron su objetivo y volvieron a la carreta cansados por el esfuerzo. No sabía por qué, pero Noah tenía el presentimiento de que habían hecho demasiado ruido.

Un desprendimiento en el talud derecho les hizo girar la cabeza. Arriba, un par de cabezas con ojos diminutos les observaban con vivo interés. Su piel pálida contrastaba con la tierra de alrededor y sus manos, delgadas pero fibrosas, se aferraban a la misma como si fueran ganchos de metal. Antes de que pudieran decir nada, uno de ellos lanzó un alarido agudo que resonó por toda la montaña. Otros sonidos parecidos les respondieron, a una distancia no muy lejana.

—Joder —Masculló el viejo—. ¡Estad atentos ante cualquier mutante que aparezca! ¡Noah, si se acercan mucho, dispara!

Éste asintió y afirmó el agarre de la escopeta mientras hacía un barrido con el cañón por todo el desfiladero. Poco a poco, más criaturas emergieron de la cresta de los taludes, inundando las paredes con sus cuerpecillos albinos de metro y medio de altura. A pesar de que la tierra era resbaladiza y poco firme, sus extremidades les ayudaban a avanzar con lenta pero constante velocidad. No podían gastar balas mientras no amenazasen la seguridad de la carreta, todavía estaban lejos.

Algunos ya habían llegado al suelo y se estaban acercando. Su velocidad en tierra seguía siendo lenta, pero igualaba la de la carreta. Noah hizo dos disparos contra una pareja de mutantes que estaban demasiado cerca y apremió al viejo. Este estaba concentrado en el suelo, sorteando todos los posibles baches que pudiera. Todos permanecían con el corazón en el puño cada vez que las ruedas se hundían unos centímetros en alguno de los hoyos del camino, pero cada vez que esto pasaba el viejo se las arreglaba con la mula y conseguía sacarlos unos segundos más tarde. Con todo, estaban cediendo terreno. No tardaron en sonar más disparos, cada vez con mayor frecuencia. Salían por todas partes.

El siguiente bache era el más grande de los que habían sufrido en toda la huida. El viejo estuvo más de medio minuto intentándolo pero no lo consiguió, ambas ruedas traseras estaban atascadas. Tenían que bajar de nuevo.

—¡Chicos, empujad ahí atrás o no saldremos de está! —Gritó el viejo.

Marta y Diego saltaron fuera seguidos por Noah, quien seguía disparando a todo el que osara acercarse. A la señal de viejo, se sincronizaban y daban un fuerte empujón entre los dos. Las ruedas se elevaban unos milímetros, pero no conseguían salir. Tras varios intentos, Diego empezó temblar mientras continuaba empujando. María también había bajado a ayudar, sus pequeños brazos empujaban con todas sus fuerzas y gemía agotada por el esfuerzo. Ya tenían una veintena a sus espaldas a menos de quince metros, la escopeta no daba abasto. Cada vez que recargaba, aparecían cuatro seres más. Y la rueda no salía.

—¡Vamos chicos, vamos! —Apremió Noah—. ¡Los tenemos pegados al culo!

Y como si alguien hubiera escuchado sus ruegos, consiguieron sacar la rueda en una embestida final agónica. Los ejes crujieron de nuevo mientras éstas cogían velocidad por el camino embarrado. Noah subió el primero y ayudó a María y Marta aupándolas a la carreta. Al acabar escuchó a Diego gritar de dolor: los mutantes lo habían atrapado. María chilló y pidió al viejo que parase, pero éste ignoró su petición. Faltaban pocos metros para llegar al final del desfiladero y lograr la salvación. Noah lo comprendía y no pudo más que hacer un último favor a su compañero. Con calma, encaró al grupo que estaba agarrando a Diego y le apuntó a la cabeza. Sería una muerte rápida.

El disparo falló porque el viejo movió el cañón justo antes de que apretase el gatillo. Noah le contempló un momento estupefacto, preguntándole silenciosamente el por qué de aquel acto.

—Créeme —le respondió el viejo—. Nos sirve así mejor que muerto.

Noah no comprendió nada hasta unas horas más tarde, cuando consiguió desterrar momentáneamente los alaridos de Diego de su memoria. Algo difícil, puesto que siguió gritando hasta que no pudieron oírlo más, cuando ya se habían alejado del desfiladero.

Epílogo

La leña crepitaba mientras ardía en la hoguera. Había pasado un día desde la muerte de Diego y no habían hablado desde entonces. Marta y María le habían retirado la palabra al viejo. Este permanecía al margen y se limitaba a conducir la carreta sin hablar con nadie. A la mañana siguiente alcanzarían Nheirat, el asentamiento humano más cercano y todo habría acabado.

—¿Por qué lo hiciste? —Preguntó Noah en una ocasión en la que estaban apartados de las chicas—. ¿Por qué evitaste que pusiera fin a su sufrimiento? Sabes que lo que le esperaba era algo inhumano, lo iban a comer vivo.

El viejo le miró por primera vez a los ojos desde el incidente del pasado día. Su mirada ya no era la misma que antes, ahora era una mezcla de cansancio y decepción vital.

—Era un mal necesario. Los mutantes pierden el interés en cuanto la presa muere. Si lo hubiésemos matado habrían continuado por nosotros. Habríamos estado demasiado expuestos.

—No mientas, viejo, te conozco ya demasiado bien. Algo me ocultas, sé que no me dices la verdad. O me la dices o te diré lo que pienso realmente. ¿No? Pues bien, ahí va: creo que lo hiciste para guardarte el culo la próxima vez. He estado pensando ¿sabes? y ahora entiendo por qué no te pasaba nada al pasar por su territorio. Tenías un acuerdo con ellos, bueno, al menos alguna promesa no escrita. Les ofrecías un sacrificio en cada viaje a cambio de que ellos te dejaran en paz ¿verdad? ¡Responde y dime que miento!

—No, es verdad —dijo el viejo tras unos segundos—. Siempre había sido así y nunca había pasado nada. Al vernos expuestos a todos, debieron creer que podían romper el acuerdo y llevarnos a todos al Infierno.

—¿Por qué? ¿Cuál es la razón de todo este sinsentido?

—¿Sinsentido? Déjame responderte una cosa, chico. Aunque no lo parezca, mi trabajo es vital en el mundo. Sin gente como yo, los asentamientos permanecerían incomunicados y sin posibilidad de interactuar con otras personas que no sean las que ven a diario. Sin una esperanza que les recuerde que hay alguien además de ellos, seguramente acabarían por suicidarse todos, uno detrás de otro. Necesitan establecer lazos, saber que no están solos en esta gran bola de mierda.

“Aún eres joven chico, ésta es tu gran oportunidad. Coge a la mujer y a la niña y quédate en Nheirat. Inventa una historia y forma una familia con ellas, desgracias como las que habéis vivido ocurren cada cierto tiempo. Te prometo que no volverás a verme cuando esté de paso si eso quieres, me encargaré de que así sea.”

—Solo una última cosa —Dijo Noah—. Si Nueva Loma no hubiese caído, si no los hubiéramos recogido... ¿Habría sido yo el sacrificio? ¿Me habrías llevado a la muerte a pesar de lo que hemos pasado juntos?

El viejo desvió la mirada y durante unos eternos minutos no respondió. Cuando lo hizo, su cara parecía haber envejecido diez años. Sus arrugas estaban más marcadas y su boca ligeramente temblorosa le daba aspecto de abuelo desamparado, abandonado por alguien al que él quería. Y por primera vez desde que Noah le conoció, estaba llorando.

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé.

SAMHAIM

Óscar de Marcos

El carro de Apolo se había ocultado hacía poco en los bosques de la Galia, cuando el centurión Lucio entró en el barracón con el paso firme que le caracterizaba.

—Llegó la hora, armaos y salid a la plaza -se limitó a ordenar.

Como movidos por un resorte, todos los legionarios se pusieron en movimiento. Primus, un soldado larguirucho, no pudo evitar mostrar una amplia sonrisa.

—¿Qué demonios te resulta tan agradable, hermano? —Preguntó Tertius, otro soldado bastante más robusto.

Pese a no ser hermanos, los padres de ambos habían seguido la tradición romana de nombrar a sus hijos en concordancia al orden de nacimiento —el primero Primus, el segundo Secundus, el tercero Tertius...—. Entre ambos se había forjado una fuerte amistad desde que no eran más que novatos. Ellos mismos pensaban, en ocasiones, que tanta amistad podía deberse a que ambos tenían un hermano que compartía nombre con el compañero. Pero difícilmente sería el único motivo, puesto que eran los nombres más habituales de las tierras de la República Romana.

—¿Por qué estoy tan alegre preguntas? —Primus soltó una carcajada—. Al fin los dioses nos sonríen, si realizamos bien este trabajo de niños ganaremos un gran ascenso.

—¿A qué te refieres hermano?

—Como te iba diciendo, si llevamos a buen término nuestra labor de hoy, seremos recompensados adecuadamente. Me enteré “negociando” con los guardias del centurión. Además, hay rumores de que hoy los barbaros estarán especialmente tranquilos —durante toda la narración, Primus lucía exultante.

—No me fio —comentó dubitativo Tertius—, los celtas siempre han sido rivales temibles, por mucho que esta noche estén más tranquilos...

—Sea como fuere, hermano, no es de nuestra incumbencia: hemos de limitarnos a cumplir órdenes —sentenció el espigado soldado mientras recogía su pilum y comprobaba que el gladius estaba bien envainado.

Todo el regimiento salió de manera ordenada del barracón, formando una fila, para después repartirse en tres líneas perfectas de cinco, cuatro y cuatro soldados.

—Bien, legionarios, ahora que estáis todos aquí procederé a explicaros cual es nuestro objetivo —la voz del centurión era potente e intimidante—. Hoy es un día especial para los galos. Según nuestros espías, este día del año tienen la costumbre de quedarse en sus casas, dejando las puertas abiertas. Las cabezas trofeo que arrebatan a nuestros hermanos cuelgan en el exterior de los muros de sus pueblos —varios soldados tragaron saliva ante la imagen que describía su superior—. Puede resultar aterrador, pero lo cierto es que esta noche bajan la guardia. Después del valor que demostramos durante las batallas en esta campaña, César ha decidido encomendarnos esta misión

como muestra de confianza —los gestos de miedo o temor se disiparon dando paso a muestras de expectación—. La misión de esta noche es de infiltración y eliminación. Unos kilómetros más al norte hay una aldea celta, no demasiado grande. Hasta ahora ha mantenido en jaque a nuestro campamento gracias al conocimiento de estas tierras. Una emboscada tras otra, nuestros compañeros han caído bajo su furia, pero es la hora de la venganza —se detuvo un instante, y comprobó complacido que su discurso estaba eliminando toda sombra de temor en sus hombres—. Iremos a su pueblo, entraremos con sigilo, y asesinaremos a cada aldeano en su propia casa. No sabrán que ha sucedido hasta que sea tarde. Los que muestren más valor esta noche serán promocionados a la guardia pretoriana— miradas de incredulidad y emoción adornaron las caras de los soldados—. En marcha legionarios.

Los trece soldados, dirigidos por su centurión, formaron una fila de a dos y marcharon. Según llegaban a la entrada, pudieron ver al druida capturado que les hacía de guía en aquellas tierras, apaleado y malherido.

—Vais a vuestra muerte soldados —murmuró con un latín extraordinariamente correcto—. Es la noche del Samhain.

Antes de que pudiese reaccionar, el centurión le golpeó con la base del pilum en la cara, saltándole algunos dientes.

—Ya has hecho bastante, brujo —le espetó Lucio—. Por tu maldita palabrería de ayer, dos de mis hombres están encarcelados por deslealtad.

—Encarcelados, pero vivos y cuerdos —el anciano druida sostuvo la mirada del centurión sin temor, mientras terminaba sus palabras—. Ya es un mejor destino del que os espera a vosotros.

El líder del regimiento le propino una paliza a base de patadas y golpes con el fuste de madera de su pilum. Cuando el anciano estaba hecho un ovillo sangrante, escupió sobre él. Después reanudo la marcha, seguido de sus hombres.

El inicio de la marcha fue silencioso. Todos los soldados tenían presente la actitud poco profesional que había mostrado su líder con aquel prisionero. Aquello, unido a las palabras del druida y el intimidante paisaje nocturno del bosque galo, bastó para que nadie abriese la boca hasta tiempo después. Al fin, cuando las luces del campamento habían quedado atrás, Tertius rompió el silencio, hablando en voz baja a su compañero en la fila:

—¿Tú sabes a qué ha venido eso, Primus?

—¿Dónde vives? ¿Cómo no te has enterado?

—Suelo prestar más atención a la instrucción que a los rumores, al contrario que tú, hermanito.

—Bien... ayer ya empezaron a oírse rumores sobre esta misión, debido a un mensajero del César —Primus detuvo su narración para asegurarse de que el centurión no escuchaba, tras lo cual continuó—: El caso es que Oven, el druida, se mostró inquieto desde que le llegaron las noticias. Encontró al otro Primus y a Máximo, por lo visto les estuvo contando historias sobre la fiesta celta de hoy. Nadie sabe qué les dijo,

lo único que se sabe es que acudieron al centurión y se negaron a formar parte de esta misión. Fueron azotados y arrestados, pero en ningún momento cambiaron de idea.

—Genial, dos muertos, tres heridos y otros dos traidores, trece legionarios y un centurión para acabar con un poblado —bufó Tertius.

Durante otro largo trecho, el silencio volvió a ocupar el aire, tan solo el crepitar de las cinco antorchas que portaban rompía la quietud y rasgaba la oscuridad de la nublada noche.

Tiempo después, Primus comenzó a sentirse incómodo. El silencio era abrumador. En mitad de aquel bosque, todas las noches había algún ruido que incordiasse a la hora de dormir: un lobo aullando, un jabalí, un oso, un ciervo, un búho... Pero todos aquellos animales callaban esa noche.

—Este silencio es excesivo —dijo al fin.

—Tienes razón — dijo Tertius. Primus miró perplejo a su compañero, siempre sereno y calmado, rara vez le daba la razón en este tipo de asuntos—. No se oye ni un solo animal —dilapidó.

—Deberíamos decírselo al centurión.

—No es relevante —negó el corpulento legionario—, además, dudo que se le haya pasado por alto, lleva más tiempo en estas tierras que nosotros.

Silencio otra vez. Primus empezó a respirar agitadamente, le costaba dilucidar si se debía a la larga marcha o a la inquietud que le embargaba. Observó a sus compañeros y comprobó que ellos también miraban con recelo a la espesura y más de uno mostraba una palidez cenicienta. En más de una ocasión la tensión jugó malas pasadas a Primus, haciéndole percibir, por el rabllo del ojo, movimientos furtivos. Acabó por desechar aquellas visiones como frutos de las sombras que arrancaban las antorchas al lúgubre entorno.

Al fin, el centurión detuvo la marcha.

—Legionarios —comenzó en voz baja—, tras esas colinas arboladas se encuentra nuestro objetivo. Abríos en abanico y por Júpiter, no hagáis ruido.

Los soldados obedecieron de manera disciplinada. Debido a la distribución que marcó con la mano el centurión, Primus y Tertius se vieron obligados a distanciarse dentro de la amplia formación.

El avance en las colinas fue sigiloso e intimidante. Los árboles y los arbustos creaban una densa pared vegetal, en la que cada legionario difícilmente podía distinguir a sus compañeros más próximos.

Primus avanzaba cuando un ruido llamó su atención. Era difícil adivinar que había provocado aquel sonido, pero lo que fuese había removido algo en lo más hondo de su alma. Un temor incierto comenzó a embargarlo. Una vez más oyó aquel ruido, no había duda, era un gorgoteo. Dio la vuelta y corrió como pudo hasta aquel sonido, si uno de sus compañeros estaba en problemas era su obligación socorrerle. Mientras el ramaje ralentizaba su avance, la luna asomó entre un pequeño desgarro en las nubes.

Llegó al alcance suficiente para ver una figura corpulenta inclinada sobre otra, estrangulándola. Se trataba sin duda de un galo asfixiando con sus propias manos a uno de sus camaradas. Con un mudo grito en la garganta cargó contra el guerrero, la punta de su pilum por delante. La lanza se hundió con sorprendente facilidad en la baja espalda del celta. Próximo como estaba, no pudo evitar captar un olor desagradable, de corrupción. La enorme figura se giró, sin mostrar el más mínimo dolor. La luz de la diosa Luna reveló una aterradora visión que se le grabó a fuego en la mente: recortado contra la oscuridad del bosque, Primus pudo ver un enorme celta, de piel seca y corrompida, de un tono grisáceo macilento, la mandíbula colgaba de un pómulo desgarrado, la carne estaba podrida y en algunos puntos colgaba a jirones. El cuerpo del legionario se congeló, ni siquiera pudo gritar un aviso antes de que el muerto le propinase un fuerte golpe en el mentón. Cayó derribado varios metros atrás, aturdido. Una realidad empezó a filtrarse en su cabeza: si quería vivir, tenía que luchar, por muy atroz que fuese su enemigo. Palpó en busca de su gladius y lo desenvainó poniéndose en pie. La aterradora figura avanzaba con paso lento, pero decidido en su dirección, y a su vez otro movimiento captó la atención de Primus: su compañero se irguió en el suelo. Al menos le había salvado de morir estrangulado. Cuando el enorme muerto llegó al alcance de la espada, el soldado hundió la hoja en su pecho.

Por un instante nada sucedió, pero ante el horrorizado asombro del legionario, el muerto le golpeó con fuerza nuevamente, en el pecho, sin mostrar daño alguno. Tosiendo por el fuerte golpe, Primus se puso en pie de nuevo, su compañero se aproximaba lentamente por detrás del muerto, con su ayuda podría vencer. La sonrisa se borró de su boca cuando el legionario fue alcanzado por la luz del plateado astro: sus ojos estaban blanquecinos, inertes y sus movimientos eran lentos y erráticos. Era uno de ellos.

Tertius jadeaba. Aquella aberración había decapitado al centurión con sus manos desnudas, ante la mirada impotente del legionario. Ahora, este luchaba por su vida como podía. Todo había sucedido muy deprisa: Él avanzaba próximo a su líder, cuando unas manos demacradas salieron de la espesura y con un fuerte tirón desgarraron el cuello de Lucio, como si de una tela vieja se tratase. Después había emergido de entre las oscuras plantas un enorme galo, pero para asombro y terror de Tertius, su cabeza era poco más que una calavera con pedazos de piel, como un puzzle a medio desarmar, su estómago estaba abierto, vacío, sin entrañas visibles.

La lucha había sido dura y agotadora, el muerto había recogido la espada del centurión y había hecho alarde de una fuerza sobrehumana. Tras varios golpes, las cinchas del escudo habían cedido, dejándole solo con su gladius. Tertius era conocido como el mejor guerrero de su legión, pero aquel rival era inhumano. Un golpe vertical le obligó a usar su propia hoja para desviarlo, el tremendo impacto casi le hizo saltar la

espada de las manos. El brazo comenzaba a hormiguearle por el exagerado esfuerzo. Un segundo tajo, horizontal; dio un salto hacia atrás, poco faltó para que sus propias entrañas se esparciesen por el suelo. Jadeante y dolorido, determinó que si quería vencer, tenía que ser en ese instante, cuanto más avanzaba el combate más se debilitaba, mientras que su rival se mantenía imperturbable. Esperó conteniendo la respiración. El muerto realizó una estocada. Tertius se puso en movimiento, de manera rápida y precisa se echó a un lado y, antes de que su rival recogiese el brazo, le cortó los dedos a la altura de los nudillos con un potente golpe de la hoja. El gladius robado cayó al suelo seguido de cuatro dedos amputados. Echando una rodilla a tierra y girando su cuerpo, arremetió con un tajo contra la corva de su enemigo, haciéndole hincarse de rodillas. Con la otra mano recogió la espada que yacía en el suelo, girando ambas empuñaduras en sus manos, realizó un veloz movimiento de tijera, cercenando la cabeza del difunto.

Tardó en recuperar el aliento lo que le pareció una eternidad. Se mantuvo alerta por si su rival volvía al ataque, pero por suerte se mantuvo inerte. Agotado, debilitado y, aunque le doliese admitirlo, aterrado; se puso en pie dispuesto a prestar apoyo a sus compañeros, cuando más siluetas empezaron a emerger de la espesura, cadáveres dispuestos a arrebatarse la vida, a modo de macabra compensación por su estado no—muerto, o al menos eso le decía a Tertius su mente. Comenzó a retroceder sin perder de vista a sus rivales.

Primus corría entre el ramaje, sin gladius, ni pilum, ni escutum. Había dejado todo aquello atrás para huir sin estorbos. No podía enfrentarse a aquellas criaturas de ultratumba. Una idea, fugaz y temeraria, había aparecido en su cabeza: si llegaba al campamento celta podría pedirles ayuda. Eran enemigos declarados, pero los muertos se levantaban de sus tumbas, un enemigo común de tal poder tenía que bastar para que aquellos bravos guerreros le ayudasen a él y sus camaradas.

Al fin dejó atrás el bosque, saliendo al amplio claro que daba hogar a la aldea gala. Un tremendo temblor casi le hizo caer. Los muertos estaban llegando al poblado, algunos se detenían, como petrificados, ante los macabros adornos que poblaban los muros: cabezas cercenadas con ascuas en la boca; pero otros entraban en el pueblo con paso vacilante. Necesitaba la ayuda de aquellos guerreros, sin ellos los muertos acabarían con él y todo su regimiento. Con esa decisión en mente, hizo alarde de valor corriendo hasta la entrada del pueblo, esquivando cuerpos putrefactos y tambaleantes en su avance. Todas las casas estaban abiertas, los aldeanos se mantenían sentados mientras los muertos entraban en sus hogares, era una locura. En todas las casas que veía, había al menos un cadáver erguido dentro.

Su mente se resquebrajaba, la situación era cada vez más absurda y terrible. Al fin, con la cordura en el filo del olvido, llegó a una casa ocupada tan solo por un hombre enorme, de grueso bigote y larga melena de color pelirrojo, y una hermosa doncella rubia. El hombre se afanaba en afilar una larga espada.

—Por Marte —exclamó jadeante mientras entraba en la casa—. Al fin. Necesito tu ayuda, galo, ambos nos necesitamos —el hombre no reaccionó lo más mínimo—. ¡Los muertos andan! —le gritó el legionario, sin lograr ningún efecto visible.

Las piernas le fallaban, se tambaleó rumbo a la pared opuesta a la puerta, se dejó caer allí con lágrimas aflorándole en la cara.

—Maldita sea —se lamentó Primus—. Los muertos andan, ¿por qué no me escuchas? —una posibilidad aterradora le alcanzó—: Dioses... ¡estoy muerto!

El enorme celta estalló en carcajadas.

—No estás muerto, romano —dijo con un latín bastante tosco— y te he oído perfectamente, es Samhain, claro que caminan los muertos.

—No lo entiendes, no es una superstición. Es verdad, asómate a la puerta, les verás llegando, necesitamos luchar —las palabras salían atropelladamente de él, hasta que se quedó sin aliento.

—Están locos estos romanos —se limitó a responder el galo.

Primus comenzó a sollozar, incapaz de afrontar la situación. Un ruido le hizo girar la vista hacia el marco de la puerta. Allí, de pie cuan largo era, estaba el muerto que le había golpeado en las colinas, con el pilum del legionario aún clavado en su espalda. Con la mente destrozada de puro terror, Primus solo pudo intentar retroceder contra la pared. El enorme difunto se extrajo la lanza de la espalda, la levantó echando el brazo hacia atrás, y con la fuerza de un demonio la lanzó contra el romano, dejándole clavado contra la pared. El pilum le había atravesado el estómago. Aún vivió lo suficiente para ver como el no—muerto extendía una mano en dirección al celta, éste le cedió su espada. Lo último que vio Primus fue su cabeza desprendiéndose del cuerpo.

Tertius corría huyendo de aquellas criaturas. Los gritos de sus compañeros le habían acompañado hasta el último recodo de su camino. Era bien consciente de que no podría haberles salvado, aun así sentía repugnancia hacia sí mismo. Más figuras se movían en la distancia, como si trataran de cercarle. Casi había muerto enfrentándose a solo uno de aquellos seres, no podía detenerse a luchar, no quería viajar al Averno tan pronto y de una manera tan fútil.

Durante su huida vio, en la distancia, una abertura en una pequeña colina. Parecía haber dejado algo atrás a sus perseguidores, tal vez allí podría recuperar fuerzas. Avanzó raudo hacia la gruta.

Llegó hasta la pequeña loma y se asomó al interior de la caverna y al no ver peligro inmediato entró cauteloso. Descendió largo camino, la caverna era más profunda de lo que aparentaba. Al fin llegó a una segunda abertura que daba a otra sección de la cueva. Cuando se asomó su serenidad se hizo pedazos ante el horror que contempló. Aquella caverna desembocaba en otra, infinitamente más grande, cuyas paredes se perdían en la oscuridad, pero pequeños fuegos iluminaban un espectáculo dantesco, cientos de muertos caminaban, como hormigas dentro de su hormiguero, dirigiéndose a aberturas como la que él ocupaba.

Tertius se dejó caer al suelo, el labio inferior le temblaba. Sujetó ambas espadas, preguntándose cuál sería la manera más rápida de acabar con aquella pesadilla.

Un joven celta, que apenas alcanzaría las diez primaveras, corrió hasta su casa. Se detuvo, extrañado al ver que la entrada a su hogar estaba adornada con una nueva cabeza, un romano con su casco. Al entrar intentó mantener la compostura: en la mesa estaban sentados sus padres y un cadáver. Con calma y solemnidad, tal y como le enseñó su padre días atrás, se acercó a la otra mesa y cogió un plato de comida, después se volvió y lo dejó delante del muerto. Al final no pudo soportarlo más, rompió la quietud del momento abrazando a aquel difunto.

—Feliz Samhain, abuelo.

LA NOCHE A TRAVÉS DE UNA LUZ MUERTA

Óscar Olivares Lucio

Llaman a la puerta con los nudillos en una serie de golpes nerviosos, rasgando la noche. La falta de electricidad, que durante todo el día había estado yendo y viniendo, no sólo hace esa noche de verano más insoportable, sino que obliga a ser reclamado a la vieja usanza. Tres golpes, otros tres más y el que los propinaba parecía estar desesperándose ya ante la falta de respuesta, aún así, no cejaba en su empeño. Elsa, que en un principio decidió que no quería ser molestada, optó al final por alejarse de la ventana donde intentaba rescatar alguna brisa perdida y abrió la puerta, encontrándose al otro lado con él. Con él y su pelo apelmazado a causa del sudor.

—Tú —dice.

Él.

Andrés escuchó los gritos que venían del ascensor pocos minutos después del apagón. Una chica había quedado atrapada dentro y pedía ayuda en vano, ya que la solidaridad del resto de los vecinos parecía tener el día libre. El hombre, que primero escuchó a través de la puerta pegando el oído, salió al fin al rellano e intentó tranquilizar a quien se había quedado atrapada.

—¡Mantenga pulsado el botón que tiene el símbolo del teléfono!

—¿Crees que no lo hemos hecho ya?

Esta vez fue una voz masculina la que habló.

Incluso habían intentado llamar a través del móvil, pero ninguno de los dos tenía cobertura. Andrés fue a buscar el suyo y se encontraba en la misma situación.

—¡Cálmate jovencita, no creo que tarde en volver la luz! —dijo el hombre atrapado.

Contrariado, e incluso sintiéndose ridículo, Andrés vaciló, no estaba seguro qué tenía que hacer ahora e incluso deseó haber seguido el camino de los demás habitantes del edificio y no haber salido.

En ese momento es cuando se acordó de ella. Ella sabría qué hacer.

Ella.

Miró por encima del hombro de Elsa y vio la ventana abierta. Sin ser invitado entró, empujándola incluso, cerrando la puerta de golpe.

—¿Estás loco?

—No puede entrar el aire, creo que viene por ahí. Ha de venir por ahí.

—Andrés, no sé qué haces aquí pero debes marcharte.

—No puedo. No tenía a donde ir.

—Andrés...

—Las calles, ¿no lo oyes?

Se quedaron en silencio, la quietud del piso los aplastó, la chica ladeó la cabeza y dirigió su vista al techo, el hombre admiró sus curvas a través del sobrio camisón que llevaba puesto. Sin rubor, pronto notó que el sudor que le caía de la frente se tornaba helado. Elsa fue a hablar, pero él se lo impidió llevándose el dedo índice a los labios. Estaba caliente, incluso quemaba, una gota de sudor le resbaló por la mejilla y se evaporó al contacto con la mano. Después el gruñido, a lo lejos, pero claro, nítido en su esencia maldita, da la entrada al final de la hora.

Fue sólo una ráfaga repentina pero contundente. Los cristales de las ventanas de su piso vibraron con energía, pero la puerta de entrada al bloque se abrió golpeando la pared. Andrés finalmente optó por dejar a la pareja a su suerte en el ascensor, a la espera de que volviese la electricidad.

—¿Qué ha pasado?

El señor Ugarte, su octogenario vecino contiguo, había salido de casa alarmado por el fuerte golpe de viento. Y bien asustado debía estar, pues el hombre era esquivo y huraño, consecuencia más que evidente de soportar el yugo de cuidar durante veinte años de una esposa ciega y paralítica.

—No ocurre nada —le tranquilizó Andrés—. Con el apagón dos personas se han quedado encerradas en el ascensor.

—No hijo, eso no. El fuerte viento que se ha levantado ha abierto las ventanas de par en par de la habitación donde está mi mujer... y después nada.

—Señor Ugarte... entre en casa. Tranquilícese, de verdad.

—¿Y la luz? ¿Llegará cuando anochezca? Mi esposa no ve, pero le gusta escuchar la televisión y si no lo hace se pone nerviosa. Y mi Teresa no puede ponerse nerviosa.

Andrés entornó los ojos, la escena empezaba a superarlo, un poco al menos.

—Entre, no se preocupe. Todo se arreglará.

El anciano, mascullando algo entre dientes, obedeció y volvió a su hogar. Andrés fue a hacer lo mismo cuando las luces parpadearon, el motor del ascensor dio un quejido pero pronto volvió a apagarse. Andrés quiso decir algo a los encerrados pero el silencio imperante calló sus palabras. No era normal que el aire fuese tan denso.

—Andrés, sal de mi casa, no sé por qué has venido.

—¡Escucha! ¡La gente grita en las calles! ¡El mundo se desmorona! —avanzó dos pasos hacia ella, los mismos que la mujer retrocedió.

—Acordamos que no nos volveríamos a ver —dijo Elsa—. Estuvimos de acuerdo en eso. Nadie, nadie podía volver a vernos juntos, todo aquello que pasó...

—Todo aquello que pasó fue idea tuya —Andrés la cogió de los hombros, poderoso, y con la cercanía pudo oler el aroma que desprendía la piel de Elsa, llegó a ver sus poros, dilatándose y emanando la esencia sugerente que invitaba a su cuerpo a activarse mediante descargas eléctricas en los músculos. El hombre cerró los ojos pero su visión logró atravesar los párpados, alcanzó a distinguir las aletas de la nariz de Elsa dilatándose, su pecho subir y bajar acompañando la respiración lujuriosa. De lado a lado de sus células, de lado a lado de su ser hirviendo, de una esquina a otra de la media luna en la noche ennegrecida que aplastó su cuerpo, acarreado el límite de lo soportable en su memoria furtiva. No, no podía ser ese momento ahora, no podía volver a respirar el aire...

—Andrés — le llamó Elsa.

El hombre abrió los ojos y dirigió su mirada por encima de la cabeza de la mujer.

—Observa a tus vecinos de enfrente.

—¿Qué dices? —preguntó ella. Y el hombre le dio la vuelta para que mirase.

En el edificio de delante, una mancha roja cubría la ventana que estaba justo a su altura. En un instante, el rostro de un hombre se pegó a ella de forma violenta. Se percató de que Elsa lo estaba mirando y abrió los ojos de asombro y esperanza, pegó una mano al cristal y abrió la boca para decir algo. Detrás de él apareció una mujer, que lo agarró del cabello y le hincó los dientes en el cráneo.

Elsa ahogó un grito llevándose una mano a la boca. A su espalda, Andrés acercó la suya al oído. La podredumbre de su aliento alcanzó sus sentidos lanzándole una señal de alarma que la agarró del cerebro y por un momento dejó de respirar.

—Todo lo que hice —susurró Andrés—, todo lo que pasó fue por ti.

Y con un fuerte golpe estampó la cabeza de la mujer contra la ventana.

—¡Suélteme! ¡Suélteme! —fue lo primero que oyó gritar a la chica del ascensor. A continuación la voz del hombre, imperativa, ordenando que se estuviese quieta, seguida de un golpe en una de las paredes del habitáculo.

Andrés volvió a acercarse a la puerta del ascensor, posó una mano en el metal y acercó el rostro para que su voz pudiese llegar nítida a los que estaban atrapados.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Dentro, lejano, escuchó el sollozo de la mujer y entre el llanto pudo decir unas palabras imperceptibles. Andrés acercó el oído aún más para poder captar mejor lo que decía pero otro fuerte impacto lo apartó de allí como un resorte. Oyó claramente al hombre encerrado blasfemar a voz en grito y a la joven pedir ayuda, desesperada. Los golpes contra la estructura se fueron sucediendo de forma rítmica, el hombre parecía jactarse y la chica no dejaba de proferir frases inconexas e inteligibles en medio del

llanto. Andrés, con un nudo en el estómago fue alejándose del ascensor cuando escuchó nuevos improperios que atravesaban la puerta del anciano matrimonio Ugarte.

—¡Zorra! ¡Estate quieta y déjame hacer!

La voz del viejo marido aparecía enloquecida, filtrada por la desesperación de sus notas y Andrés se quedó inmóvil, atrapado entre dos instantes bizarros que se pusieron en marcha al unísono. Estruendos de gemidos metálicos a un lado, al otro la violencia octogenaria en golpes desacompañados y exabruptos jadeantes aprovechando las últimas energías de un cuerpo ajado.

Y de la misma forma que comenzó todo, acabó. El hombre del ascensor parecía sollozar mientras rezaba, de la joven no había señales y Andrés a punto estuvo de abrir la boca cuando la puerta de los Ugarte se abrió.

Y fue lo mismo que si se abrieran las entrañas del demonio y entrara en ellas.

El anciano apareció desnudo de cintura para abajo mostrando todo el espectáculo de su piel arrugada, los atributos bamboleando en ridícula flacidez, caminaba con pasos cortos y torpes mientras resbalaban lágrimas de su cuarterada piel.

—La he matado —le dijo a Andrés—. La he matado.

Contrariado, levantó la mirada por detrás del viejo y vio una silla de ruedas volcada en el suelo, junto a ella, la esposa de Ugarte aparecía tumbada, semidesnuda, y con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y su lengua, morada, colgando de la mandíbula.

—La he matado —volvió a repetir, no existían otras palabras—. La he matado.

—No se acerque a mí —le ordenó Andrés que lo último que quería era tener la flacidez del viejo cerca. Pero el anciano no cejaba en su empeño deplorable de darle alcance. Cuando estuvo a la altura del joven, éste lo detuvo cogiéndolo por un hombro, preocupado porque aquellos colgajos no le alcanzaran.

—No está muerta —le dijo mientras lo miraba por encima del hombro.

La anciana comenzó a arquear el cuerpo al tiempo que extendía las manos y las posaba en el suelo, las utilizó para darse impulso y girarse en una cabriola digna de un deportista de elite, quedándose boca abajo, con la cabeza gacha. Una mujer inválida de más de ochenta años era imposible que pudiese hacer esa acrobacia. Andrés lo sabía, el señor Ugarte pareció no percatarse.

—Teresa —dijo. Y volvió a caminar igual de torpe, esta vez hacia su mujer, que al escuchar la voz de su marido levantó la cabeza.

Andrés sabía que era ciega, pero no estaba preparado para lo que vio. Los ojos de la anciana carecían de pupilas, eran dos globos blancos inflamados atravesados por finos capilares, pero aún así, daba la sensación de que podían ver. Notó que la mirada le atravesaba, que escudriñaba su interior rebuscando entre sus vísceras. Entonces sucedió algo aún más inesperado. La señora Ugarte posó de nuevo las palmas de las manos sobre el suelo por delante de su cabeza, levantó los codos hasta que los brazos quedaron arqueados e impulsó el tronco hacia arriba, con la pelvis pegada a las baldosas, desafiando sus pechos la gravedad. La lengua, que continuaba colgando de la

mandíbula, se meció de un lado a otro cuando abrió la boca y lanzó un sonido gutural que no parecía provenir de su garganta, sino del estómago. Levantó la mano derecha al aire, adelantándola para posarla de nuevo en el suelo, repitió el gesto con la otra hasta lograr desplazarse. El señor Ugarte, ajeno a la aberración, extasiado del alivio de ver a su esposa de nuevo con vida, no cejó en su empeño de acercarse a ella y no sería Andrés quien lo detuviera si con ello tenía que acercarse a aquel ser que se arrastraba con la ayuda de las manos.

Las luces volvieron a parpadear, estuvieron unos segundos así intentando establecer la normalidad, hasta que lo consiguieron. El motor del ascensor sonó de nuevo y las poleas comenzaron a subir la carga. Se detuvo en el piso de Andrés, sonó la campanilla y las puertas comenzaron a abrirse hasta que se detuvieron cuando sólo lo habían hecho diez centímetros. De nuevo las bombillas mitigaron su luz hasta apagarse. En la poca abertura de las puertas del elevador Andrés entrevió un hombre de mediana edad sentado frente a ellas, con los pantalones por las rodillas, se tapaba el rostro con las manos mientras sollozaba. Detrás de él, una mujer joven estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared y una gran mancha roja coronando su cabeza. Andrés se acercó más y pudo comprobar que la chica tenía la ropa interior a la altura de los tobillos. El hombre desenterró el rostro de sus manos y miró al exterior.

—Sácame de aquí, por favor —gimió.

—Qué le ha hecho —Andrés se había agachado para escuchar mejor y no preguntó, afirmó.

—No podía parar. Olía su piel con tanta intensidad... no podía dejar de hacerlo, ni de golpearle la cabeza mientras lo hacía... cada vez más fuerte.

—¿La ha...?

—¡Que me saques de aquí joder!

La chica abrió los ojos, blancos e hinchados, poderosos en su visión cruzada de sangre. Al verlo, Andrés lanzó una exclamación y el hombre maduro giró la vista hacia ella.

—¿Pero qué mierda...?

Fue lo único que alcanzó a decir. El ser se lanzó hacia él con las manos por delante, agarrándolo del cuello y mordiéndole en la nariz, tirando la cabeza hacia atrás con fuerza hasta arrancársela, pero allí no se detuvo, continuó masticando el rostro del desdichado a la par que emitía violentos gruñidos, amplificándolos por todo el hueco del ascensor.

Andrés se levantó, dio dos pasos y fue interrumpido por el grito del señor Ugarte cuya entrepierna se estaba convirtiendo en un festín para su esposa. Sin duda, hubo tiempos mejores para aquella pareja. La sangre caía a borbotones por la cara de la anciana y resbalaba hasta los ajados senos y el hombre la pudo oler desde la distancia, no tanto la hemoglobina como el deseo de carne del monstruo que se unió al suyo propio de lujuria instantánea, asustándolo, cerrando los ojos y emitiendo un grito que nunca se vio capaz de hacer.

Y de nuevo perdido, como aquella vez.

Pudo ayudar al viejo, aunque lo veía acabado. Pudo entrar en su casa, a pesar de que ya no la sentía propia, cerrar la puerta y no salir jamás, pudo quedarse allí, en el rellano, acurrucado y contemplando el espectáculo, pero la realidad era que no tenía dónde ir. Hubo una vez en que su vida no era totalmente suya, una mujer le tenía secuestrada media alma, era presa de decisiones ajenas y fue obligado a cometer actos atroces para luego dejarlo escupido, hecho un guiñapo de ser humano. Ella lo abandonaba para siempre sin devolverle la parte que le había quitado. Entre llantos, Andrés le preguntó que no tenía a dónde ir ahora. Ella le contestó que siempre había un lugar dónde acudir.

Un lugar donde estar, le dijo Elsa.

Y eso era exactamente lo que iba a hacer. Bajó las escaleras de dos en dos, ajeno a los miles de alaridos que salían de las puertas del resto de vecinos. Sólo podía hacer una cosa, sólo había un lugar a donde ir, sólo había una persona que sabría qué paso dar.

Después del golpe de Elsa contra la ventana, la mujer cayó inconsciente al suelo. Andrés pensó que incluso en la forma de perder el conocimiento emanaba sensualidad por los cuatro costados. Se agachó y acercó su nariz a la de ella robándole la respiración para embriagarse del interior de sus pulmones. Había tardado horas hasta llegar allí, vio las atrocidades más salvajes en su camino, fue perseguido por seres revividos que tenían sus vísceras colgando, pero logró esquivar a todos ellos porque tenía un lugar dónde ir.

—Me obligaste. Y después te marchaste —le susurró.

Y todos esos años le habían perseguido de forma cruel en cada acto que cometía. Al levantarse cada mañana, al ir a trabajar, el peso de sus recuerdos caía sobre sus espaldas minándolo como persona. Y no, esta vez no se iba a marchar. Le acarició el rostro y acercó sus labios. Al besarla, el flujo del deseo se coló entre las grietas de los suyos y le provocó una enorme erección. Se levantó, indeciso, como siempre había sido, y se quitó el sudor de la frente con la palma de la mano. Desde allí aún le llegaba el perfume de su cuerpo. Violento, llegaba hasta él no sólo a través de sus fosas nasales, penetraba en su interior también traspasando sus poros, en los lagrimales, desde la punta de su cabello, entrando por el conducto urinario, el olor del sexo primitivo que se mezclaba en su sangre y recorría el cuerpo hasta llegar al corazón, bombeando sus deseos irrefrenables, obligándolo de forma primitiva a dar rienda suelta a sus instintos. Comenzó a caminar arriba y abajo de la habitación, tirándose de los pelos, gritándole al techo, se acercó a Elsa y le propinó una patada en las costillas, volvió a dar otra vuelta y le soltó otra en los riñones. Fue hasta la cocina y rebuscó en los cajones hasta dar con el cuchillo más grande que encontró, empuñándolo, se acercó otra vez a la mujer, se colocó a su altura y posó la punta del acero al cuello.

— ¿Y si te matara ahora? —Dijo— ¿Y si te abriera en canal? ¿Volverías a decirme que nunca nadie nos puede volver a ver juntos? ¿Volverías a decirme que todo lo que ocurrió fue porque quise hacerlo? ¿Que no me obligaste?

Hundió un poco el cuchillo en la piel hasta que una gota perlada apareció y resbaló cuello abajo, dejando un camino rojo. La sangre emanó aromas que llegaron hasta las papilas gustativas de Andrés y no provocó otra cosa que hacer aún más insoportable la erección que tenía. Dejó el arma a un lado y subió el camisón de Elsa

hasta las caderas, con una mano le bajó las bragas y las tiró a un costado, mientras con la otra se desabrochaba los pantalones y se los bajaba con una pericia inusitada. Le abrió las piernas y se colocó entre ellas para a continuación, penetrarla con toda la violencia de la que era capaz.

Elsa no despertó a la primera embestida. Las brumas de su mente querían permanecer con ella para protegerla, pero se disipaban a velocidad de vértigo, así que notó el frío en su espalda, el dolor en sus riñones y el escozor en su bajo vientre, parpadeó una vez y se encontró con el rostro de Andrés sobre el suyo, escupiendo saliva en su cara. Percibió el cuerpo poderoso entre sus caderas y no necesitó mucho tiempo más para saber lo que estaba sucediendo. En un primer momento se sintió tentada a aceptar lo que le estaban haciendo, ella había sido la desgracia de aquel hombre desdichado y no podía sentir otra cosa que pena hacia él. Pero cuando Andrés le rodeó el cuello con las manos y comenzó a apretar, el instinto de supervivencia fue más fuerte. Elsa levantó las manos y clavó las uñas en la cara del hombre, pero con eso sólo consiguió que la penetrara con más ímpetu y que sus dedos se aferraran más a su tráquea. Intentó ladear la cabeza de un costado a otro en un vano intento de zafarse y en uno de ellos vio el cuchillo que posaba sobre las baldosas.

De empuñadura contundente lo agarró por la hoja, cortándose incluso la mano, y golpeó la cabeza de Andrés con el mango. Ante la sorpresa, éste se arqueó hacia atrás, gesto que aprovechó la mujer para coger el cuchillo cómo debía, erguirse lo suficiente y dibujar un arco con el brazo desde el suelo hasta el cuello del hombre que fue lo que atravesó la hoja, y no una vez, si no hasta tres, cayendo el manantial de sangre sobre su cara, agradeciendo mejor el sabor metálico de las arterias que otras sustancias que le hubieran esperado en un normal discurrir, y así, cogiendo fuerzas de flaqueza, salió de debajo de él dejando a la alimaña retorciéndose en el suelo mientras se agarraba el cuello con las manos intentando, inútilmente, detener la fuente carmesí. Pero no tenía suficiente. Hincó la hoja perlada de rojo contra el vientre de su agresor, una, dos, tres, cuatro veces y más, desgarrando la carne, dibujando el abdomen, que se contraía al pasar la hoja entre las líneas y no se detuvo hasta que el cuchillo no se enredó con el intestino y lo sacó a la superficie. Y todo eso ocurrió con el único sonido de la carne trinchándose. Ni gritos de venganza, ni lloros, ni siquiera los de Andrés, puesto que su garganta le impedía siquiera implorar algo menos de ensañamiento. Aunque todavía tenía un resquicio de vida, él mismo había podido comprobar en otro momento cuán de resistente es el cuerpo humano, cómo una persona era capaz de aferrarse a la vida hasta el último momento. Él aún pudo abrir los ojos y mirar a Elsa, extendió un brazo hacia ella pidiendo ayuda, la mujer dejó caer el cuchillo al suelo y le cogió la mano, apiadándose, apretándola. Andrés quiso decir algo pero todo el aire se le escapó por el tajo de la garganta.

—Lo sé, lo sé —dijo Elsa—. Estoy aquí.

Hubo un tiempo en que se enamoró de él. Cuando eso sucedió, conocedora de su independencia absoluta, lo utilizó para sus intereses juveniles y descerebrados. Después le hizo creer que todo había sido culpa suya y lo abandonó igual que a un perro al llegar el verano. Hasta ese momento, que después de todo lo sucedido casi parecía que no podía acabar de otra forma.

Andrés echó la cabeza al suelo, con un puño comenzó a golpearlo, miró de nuevo a su verdugo, sin atisbo de rencor y en una última convulsión, murió.

Y así quedó tirado en el suelo el cuerpo inerte al lado de la figura temblorosa de Elsa.

En la calle el jaleo era cada vez más intenso, los gritos desgarradores, gruñidos inhumanos y un concierto de alarmas de comercios y sirenas acompañaban la algarabía. En su bloque de pisos la cosa no era menos. En la pared contigua a la suya se escuchaban fuertes golpes y palabras que pedían ayuda, se confundía todo entre sí y conformaba una terrible amalgama de horror. Elsa, por su parte, se fue al cuarto de baño, el mundo podía venirse abajo pero necesitaba quitarse la sangre de encima con una ducha. Después de hacerlo se vendó la herida de la mano y al salir de allí escuchó los alaridos desgarradores de un niño que venían justo detrás de su puerta de entrada. Se acercó hasta ella y miró por el pequeño visor. Delante estaba el hijo de diez años de sus vecinos. Aterrado y con el rostro hinchado y enrojecido a causa del llanto parecía mirar, inmóvil, algo que Elsa no alcanzaba a ver. Pronto aparecieron en el encuadre los padres del niño. Ella presentaba la cara deformada y llena de cardenales, producto a buen seguro de una tremenda paliza; a él tan sólo le quedaba uno de los dos brazos, con un muñón de jirones de carne en vez de extremidad. Los dos se lanzaron hacia su hijo con las bocas abiertas y los dientes relucientes de saliva. Primero llegó la madre, que tiró a la criatura al suelo y le hundió los dos pulgares en el ombligo, estiró de él y rajó la carne desde el abdomen hasta el esternón, liberando los intestinos, que aparecieron como húmedas culebras y fueron devoradas de inmediato por la progenitora. El grito del crío lo aprovechó el padre para introducir la única mano que le quedaba en la boca de su hijo, posando los dedos en el paladar y estirando hacia arriba. Primero la cara se le rajó desde la comisura de los labios hasta los pómulos y con una fuerte sacudida logró separar la mandíbula del maxilar superior, llevándose su trofeo hasta la boca. El cuerpo del niño todavía seguía convulsionándose en el suelo, eléctrico, cuando otro de aquellos seres, irreconocible para Elsa, se acercó y le agarró un brazo. Escuchó desde allí cómo rompía el húmero y lo separaba de la clavícula para acto seguido estirar de los tendones y desgarrarlos. Con la inercia, el ser salió disparado hacia atrás, golpeándose en la puerta de Elsa, que separó por fin la cabeza del visor y se llevó una mano a la boca y otra al vientre. Sin poder contenerse, vomitó allí mismo, escapándosele de entre los dedos que intentaban contenerlo. Las arcadas se sucedían una detrás de otra, expulsando el contenido de su estómago de forma abrupta. De veras sucedía y lo estaba haciendo justo al otro lado de la puerta. Intentó recuperar el control y se fue hasta su habitación, se sentó sobre la cama y aspiró una bocanada de aire, cerró los ojos y volvió a inspirar, lenta. El mundo se desmoronaba, ciertamente, pero no lo haría con ella, si podía evitarlo. Todo parecía ir bien, creyó calmarse, intentó trazar un plan, todo saldría genial, como siempre... de no ser porque, al abrir los ojos, vio que con ella, en la habitación, estaba Andrés, de pie y mirándola.

Le había visto morir y ahora de nuevo estaba vivo. Aunque esa no sería la palabra exacta. Sus ojos blancos cruzados de capilares no eran compatibles con la realidad, su boca abierta y desencajada contrayendo los labios para mostrar los dientes no era una actitud humana, la garganta y las vísceras asomando por los múltiples boquetes, que Elsa le había abierto en el cuerpo, no podían estar relacionados con la

vida. Si alguna vez alguien preguntó si había algo peor que la muerte, allí estaba la respuesta.

—Andrés —dijo Elsa, suspirando. Se levantó de la cama y el cadáver comenzó a caminar hacia ella de forma torpe. Cuando estuvo a su altura, la mujer posó sus manos sobre la cara del muerto, éste volvió a abrir la boca soltando un bramido animal, entonces Elsa apoyó su cabeza contra el pecho de Andrés. Era la segunda vez que adoptaban la misma posición y después de la primera, las consecuencias fueron devastadoras.

—Es la única forma que tienes de estar conmigo —le dijo—. Ellos no dejarán que sigamos juntos si no te implicas lo suficiente y con esto no nos separarán jamás, te lo aseguro.

Por entonces, el amor de Elsa hacia Andrés ya se había perdido, pero sabía que lo tenía en el punto justo que ella deseaba.

—Lo que me pides es una aberración.

—No, no lo es cariño, es por el bien común, es la única forma de poder salvar a la humanidad. El llegará, y pronto. Somos nosotros los que tenemos que evitarlo.

—¿Eso es lo que te han dicho? —preguntó el chico.

Ella asintió.

—Suenas demasiado pretencioso ¿Y tú qué piensas? —continuó preguntando.

—He visto las pruebas y estoy convencida, yo nunca te engañaría. Debemos hacerlo, lo sabes.

—No, yo no se nada.

Elsa separó la cabeza del pecho de Andrés y le miró directamente a los ojos. Sabía que sólo quedaba un paso para que aceptara, un paso directo hacia el abismo preñado de alimañas, pero ella por entonces no podía ni sospecharlo.

—Vamos a tener que dejarlo. No podremos volver a vernos —dijo ella.

—No, eso no. —El rostro del chico dibujó una expresión de horror.

Lo tenía.

—Entonces... ¿lo harás?

—Sí, lo haré.

El rostro de la chica se iluminó con su sonrisa y dando un pequeño salto se abrazó a él. Posiblemente ese gesto fue la peor de las mentiras.

—Ha de ser ahora, dijo, esta noche. Mira, me han dado esto para ayudarnos — rebuscó en su bolso y de él extrajo cinco pastillas. Andrés cogió una y la contempló, dudando. Pero sólo tuvo que ver el rostro exultante de Elsa para llevársela a la boca.

—Tómate dos mejor —dijo la chica—. No, tres, yo me tragaré el resto.

Y después de hacerlo se besaron.

No perdieron mucho tiempo en el acecho. Elsa sabía exactamente la rutina de la mujer y le habían indicado justo en que momento podrían abordarla. La chica se acercó a ella mientras buscaba las llaves del coche en el bolso.

—Buenas noches. —Le dijo Elsa.

La mujer levantó la cabeza, sorprendida y le devolvió el saludo.

—¿Puedo ayudarte en algo?—Añadió.

—Yo puedo ayudarte a ti. —Respondió Elsa.

—¿Perdona?

Elsa miró el prominente vientre de la mujer, que con un gesto instintivo se lo cubrió con las manos, como queriendo proteger a su hijo nonato.

—Es enorme, tu barriga. Debe estar a punto de nacer.

—Creo que voy a llamar a...—Pero la embarazada no pudo terminar la frase. Andrés surgió de entre las sombras por detrás de ella y le clavó un enorme cuchillo en los riñones. No tuvo la oportunidad ni de gritar. Elsa le tapó la boca con las manos mientras el chico sacaba la hoja y volvía a hundirla. Dejaron caer a la mujer en el suelo y Andrés acuchilló el vientre con saña y violencia cogiendo la empuñadura con las dos manos, la carne, hecha jirones se abría y mostraba el útero y el chico no se detenía con la carnicería clavando una y otra vez al ritmo de los gritos de Elsa.

—¡Mátalo! ¡Mata al hijo de puta! ¡Mata al hijo de Satanás, mata al Anticristo!

Solo cuando Andrés contempló el feto convertido en un amasijo de carne casi irreconocible se detuvo. Jadeando lanzó el cuchillo sobre la acera y él se sentó sobre ella apoyando las manos en el suelo. Elsa, entonces, se dedicó a aplastar la cabeza de la mujer con el talón de sus botas. Tres golpes fueron suficientes para que el cráneo se abriera y asomara por él la masa encefálica. El chico la observó, contrariado.

—¿Qué pasa?—Dijo la chica con tono de reproche—. Todavía respiraba.

Muchos años después, muerto Andrés, se encontraban ambos en la habitación de un piso en medio de un mundo donde los cadáveres se alzaban del suelo y perseguían a los vivos para devorarlos. La mujer levantó la cabeza, igual que aquella vez, y miró a los hinchados glóbulos oculares del zombi.

—Lo siento —le dijo.

Andrés contrajo los labios y mostró la sangre de las encías, que resbalaban hasta los dientes, abrió la boca y lanzó un alarido inhumano. Elsa cerró los ojos. No había otra forma de acabar. Toda su vida, todas sus decisiones, toda su existencia había sido programada para estar en esa habitación, aquella noche en que la humanidad desaparecía por momentos, con el ser que una vez manejó como un títere para cortar las cuerdas después. Apretó los puños, esperando el momento. El bufido entraba en sus tímpanos y le licuaba el cerebro. Ya quedaba poco, ya llegaba el final.

Hórridos.

Todos ellos.

Seres gimientes que arrastran sus pies sobre el pavimento.

Los odio.

Deshechos, barreduras, caídos, interfectos. Cumplen con su cometido.

Les oigo susurrar en mis sueños, creo que se acercan, creo que desean respirar. Yo no les dejo.

Sórdidos, sanguinolentos, no los quiero a mi lado. Desean hablar, pero yo no les dejo, anhelan vivir, pero los mantengo muertos.

Repulsivos.

Aborrecibles.

Pestilentes.

Me enseñan sus dientes, quieren masticarme, pero yo no les dejo.

Veo el mundo pasar raudo a través del cristal y allí están, en los arcones, arrastrados, hambrientos.

Elsa paró el motor. Era evidente que no podía avanzar más. Se bajó del vehículo y contempló todos los coches inertes que obstruían los tres carriles de la autopista en desordenada perfección. A pocos metros de ella, en el arcén, había uno de ellos, un muerto viviente partido en dos. Seguramente estaba así desde el día en que comenzó todo, atropellado. Tirado en el suelo la miraba, desafiante, boqueando y extendiendo un brazo. No podía desplazarse, aunque de poder ser así, Elsa no iba a ser su manjar. No lo sería para ninguno de ellos. Lo supo en el mismo momento en que Andrés no le atacó y comenzó a golpearse en las paredes, se volvía hacia ella y lanzaba aquel gañido enfurecido que jamás olvidaría ya que la frustración se escondía detrás de aquel lamento animal. Finalmente, y quizás presa de un último acto irracional, el cadáver que una vez fue Andrés, se lanzó por la ventana. Elsa tuvo la certeza entonces de que algo muy superior a ella se abría camino. Había trazado un plan y ella era la culminación maestra.

Entonces, desde su ventana fue testigo de lujo del fin de la vida y una vez que ningún vivo poblaba ya las calles, salió de su casa.

Y caminó entre ellos.

Y les miró a los ojos y ellos olieron su carne. Le enseñaron sus dientes y las encías les sangraban de rabia.

No podían comer de ese exquisito bocado, porque el Plan estaba ya trazado. Y se la tenían jurada. Definitivamente no era momento para ella.

Nunca fue castigada por aquel acto atroz de hacía unos años y después de que falsos culpables fuesen condenados, Elsa lo tomó como una señal y decidió empezar de cero. La vida, caprichosa ella, le había brindado una segunda oportunidad.

Cuán de equivocada estaba.

Porque allí se encontraba, viviendo entre los muertos seis meses después de que todo empezara. No había coincidido con un sólo superviviente, no creía que los hubiera. Sólo ella y los zombis compartían lo que quedaba del planeta. Aprendió a odiarlos y a tenerles miedo, muchas veces se detenían ante ella y abrían la boca, amenazadores, contraían los labios y le lanzaban un aullido, pudo ver su impotencia al saber que ella no era bocado que llevarse a la boca, después le daban la espalda y gritaban a las calles desiertas. Los malditos seres del infierno.

Pero eso no era lo peor.

Lo peor eran ellas.

Los muertos femeninos.

Estaban todas embarazadas. Y ni por un momento se paró a pensar por qué estaba sucediendo eso, si en realidad todavía fluía la sangre en ellas o algo mucho más grande era lo que regía aquella gestación. No importaba, formaba parte del Plan, simplemente. Quien o qué fuese lo que lo dirigiese, ese desgraciado, trazaba su camino, tenía un lugar donde ir, e iba. Las muertas eran más lentas, más torpes y de llegar al caso, extremadamente más fáciles de matar, pero Elsa no osó. Nunca mató a ninguno, ni de un género ni de otro. En cierta medida sentía curiosidad por ver cómo acabaría todo aquello, qué es lo que saldría en tres meses de entre las piernas de aquellas podridas. Sus entrañas deshechas escondían el secreto final de aquel Apocalipsis, allí terminaba el camino y Elsa quería ser testigo de ello. De todas formas, no le quedaba otra opción.

Se apoyó contra el coche y alzó la vista al sol, que aquel día castigaba con justicia. Se sentía cansada, muy cansada. Detrás de ella cinco muertos se acercaban, dos eran mujeres. Miró sus barrigas hinchadas, se tambaleaban de un lado a otro gimiendo entre dientes. Las imaginó pariendo y siendo devoradas por sus hijos, los imaginó creciendo y comiéndose al resto de muertos, los imaginó persiguiéndola y violándola uno detrás de otro. Se imaginó pariendo un ser aberrante que arrancarían del infierno a mil demonios vengativos para que poblaran la tierra. Se imaginó después siendo devorada por su hijo.

—¿Qué portáis dentro, malditas? —dijo. Y se sentó en el suelo, a esperar, no tenía nada mejor que hacer. Los podridos pasaron junto a ella, arrastrando los pies, desprendiendo su hedor, de uno de los cuerpos cayó una hormiga sobre la mano de Elsa, sólo uno de los muchos insectos que viajaban con ellos. Levantó la mano y observó al insignificante bicho corretear por su piel, la movió para que tuviera camino que recorrer, abrió la palma y se posó sobre su pulgar. Puso la mano a la altura de su vista, lo acercó a sus ojos y cerró el dedo índice, aplastando a la hormiga.

Qué jodida era la vida.

LAS INCREIBLES MEMORIAS DE DAVID ALBA

Alberto Guerrero

Mucho se habló en su día sobre cuál había sido el origen de la epidemia. Muchas especulaciones y conjeturas de gente que no tenían ni la más remota idea, que se autoproclamaron conocedores de la autentica verdad. Decenas de extravagantes hipótesis recorrieron los programas de televisión y los noticiarios. Cuando estos desaparecieron, esas mismas teorías fueron pasando de boca en boca.

Lo cierto era y es, que todos estaban equivocados. Los rumores que hablaban de pruebas militares con soldados mutantes, de la evolución de la rabia, del Apocalipsis o incluso de alguna enfermedad que se había transmitido a los humanos por parte de algún animal, eran erróneos. Incluso se habló de un virus proveniente de la Estación Espacial Internacional. Pero ciertamente, el motivo era mucho más sencillo y noble.

Ahora, siete años después de la victoria, en este capítulo de mis memorias, quiero contar como fue el primer contacto entre humanos y zombis. Contacto que no se produjo en un tren camino a Toulouse, ni en el hospital parisino Pitié Salêtrière, como se dijo. Eso fue posterior. Cuando algunos ya habíamos descubierto a qué deberíamos enfrentarnos, pero todavía no éramos conscientes de lo que ello significaba.

El primer contacto se produjo en el vuelo SDQ-752 de Santo Domingo a París. Yo fui uno de sus pasajeros.

Volvía de Santo Domingo después de quince días de merecidas vacaciones. Un mes antes me había separado de mi mujer, Paola, y sin pensarlo me marché en busca de playa, sol y sexo. Todo lo conseguí allí en grandes dosis, pero, como todo lo bueno, se acabó con el deseo expreso de volver nuevamente al año siguiente.

Nuestro avión sobrevolaba algún punto del Océano Atlántico. Serían cerca de las cuatro de la madrugada. El vuelo, hasta entonces tranquilo, daba claros síntomas de que no iba a seguir así, puesto que el comandante nos había avisado por radio que muy probablemente padeceríamos turbulencias al acercarnos a una tormenta. Por ese motivo y porque el bebé situado seis filas detrás mía no paraba de llorar, me desperté.

A pesar de que la luz que indicaba la obligatoriedad de tener el cinturón abrochado estaba encendida, me levanté para ir al servicio sin que la atractiva azafata pelirroja se diera cuenta. Las pocas luces que mantenían encendidas por la noche y el hecho de que esperé a que esta no mirase, me facilitaron la fuga.

Al pasar cerca del bebé, viendo lo intranquilo que se encontraba, le dediqué unas cuantas monerías para tratar de calmarlo. No hubo manera. Siguió llorando mientras la madre, de claro aspecto dominicano dormía plácidamente en el asiento junto al pasillo.

Seguí mi camino, pensando en los tiempos en los que deseaba tener un bebé con Paola. Ahora, después de su infidelidad, me alegraba no haber dado tal paso.

Esos pensamientos desaparecieron pronto cuando me cruce con una holandesa de pechos enormes que por desgracia viajaba con su novio, con el que había hablado brevemente en el aeropuerto.

Nos sonreímos al cruzarnos por el estrecho pasillo mientras imaginaba todas las cosas que me gustaría hacerle en el lavabo del avión. Un sueño erótico que por desgracia no pude cumplir nunca.

Hice mis necesidades y me aseo, con cierta premura, ya que el avión se había agitado de forma preocupante en un par de ocasiones. Cuando salí, la azafata pelirroja me lanzó una mirada repleta de odio desde el otro extremo del avión. La pobre tenía motivos para enfadarse, ya que yo debería estar tranquilamente sentado en mi asiento.

Me apresuré a ocupar mi lugar, mientras la mayoría de los pasajeros empezaban a despertarse a causa de las turbulencias.

Los primeros rayos iluminaron el cielo y el interior del aparato en penumbra, lo que hizo aumentar los nervios que se empezaban a percibir en el ambiente. Comenzaron a murmurar hasta parecer que habíamos regresado a los días de escuela, cuando los niños hablábamos todos a la vez y la clase se convertía en un gallinero.

Por lo menos, el bebé había dejado de llorar y se encontraba en brazos de su nerviosa madre que, entre muestras de cariño, se lo comía a besos.

Até mi cinturón y observé la noche a través de la pequeña ventanilla por encima de mis compañeros de fila. Sin duda, nos adentraríamos en la tormenta. Los rayos cada vez eran más numerosos y seguidos.

No me hizo ni pizca de gracia.

La azafata se me acercó rápidamente diciéndome algo en francés que no pude entender. Los zarandeos que le dio a mi cinturón para comprobar que estaba bien abrochado, sin embargo, me indicaron que nada agradable había salido de sus perfilados labios. Le hubiera contestado algo gracioso, pero su rostro me indicó que no aceptaba bromas, así que me limité a sonreír con cara de memo mientras pensaba en cómo me gustaría que me zarandeara otra cosa.

Se marchó visiblemente molesta.

El sonido de la radio al encenderse retumbó por todo el avión. Por unos segundos, solo pudimos escuchar la estática que esta producía. A pesar de todo, la voz del comandante sonó alta y clara, en un perfecto inglés, aunque con acento marcadamente francés.

Commander Pierre speaks. ... minutes... into a storm. ... remain...

Entonces, un terrible grito resonó detrás, interrumpiendo la atención que todos poníamos a las palabras del comandante.

Me giré al igual que los demás para ver qué había pasado. Entre cabezas volteadas, lo único que pude apreciar fue a la azafata que me había abroncado tirada en medio del pasillo, alejándose de algo, cual cangrejo.

Enseguida pensé en algún tipo de mal comportamiento hacia ella por parte de algún pasajero maleducado. Me levanté. Fui hacia allí con la idea de que tal vez el acto caballeroso de ayudarla me diera resultados más tarde. Aunque solo fuera con la invitación a una copa de whisky.

Me arrodillé sujetándola de los brazos tratando de incorporarla, pero su peso muerto y lo incómodo de la postura me lo impidieron. Le dije algo, no recuerdo el qué, sin obtener respuesta. Cuando vi su rostro blanco como la leche, supe que el problema no era la educación de un pasajero.

Tiritaba entre mis brazos. Balbuceaba cosas carentes de sentido, que aunque lo hubieran tenido, mi falta de dominio en las lenguas extranjeras me impedía entenderlas. A pesar de ese detalle, supe que sus palabras no tenían ninguna lógica.

Su brazo se apartó de mi mano. Entre temblores señaló una figura en medio de la escueta luz.

En ese justo instante fue cuando mi vida, junto a la de todos los pasajeros del vuelo SDQ-752, cambió por completo. Más tarde cambiaría para el resto de la humanidad.

Siempre se ha dicho que es muy difícil puntualizar un hecho trascendente en la historia, pero yo, querido lector, puedo asegurar que el momento exacto en el que nuestra existencia como raza empezó a peligrar, fue ese instante. El momento en que la azafata tuvo el primer contacto con un zombi.

Solo unos segundos después, fui yo el que tuvo tal encuentro. Luego por desgracia vendrían tantos que me resulta imposible recordarlos a pesar de que cada uno de ellos de forma aislada supuso un verdadero shock.

Seguí la dirección que marcaba el dedo tembloroso de la azafata. Con la poca luz que había en el avión, me costó apreciar qué era lo que la había hecho gritar de esa manera, pero cuando lo vi, se convirtió en la cosa más repugnante que mi mente hubiese soportado nunca. La madre dominicana estaba recostada sobre su bebé que apenas era visible entre sus brazos. La sangre que brotaba de su pequeño cuerpo, enseguida me indicó con estupor qué era lo que estaba sucediendo.

Cuando el resto de pasajeros cercanos se dio cuenta de lo que sucedía, los gritos se apoderaron del lugar. Los más alejados padecieron el miedo provocado por tales chillidos, lo que provocó que como única respuesta decidieran huir lo más rápido posible del epicentro de estos.

El caos se instauró en pocos segundos.

Las caídas y pisotones se producían por doquier. Muchos fueron los heridos producto de la histérica estampida.

Aquella mujer había cambiado. No parecía una persona. Todos los allí cercanos se dieron cuenta.

Absorto en lo que mis ojos creían una terrible pesadilla, no podía dejar de mirar la asquerosa escena. La sangre del bebé caía a regueros sobre la ropa de su otrora madre, que con sus ennegrecidos labios daba buena cuenta de él sin dejar escapar una sola gota.

Las carreras de los pasajeros me taparon la horrible escena, pero supe que un hombre mayor sufrió el ataque de la dominicana cuando este trató de arrebatarse el cadáver de la criatura. Un dedo arrancado fue el trofeo que consiguió al tratar de defenderse.

Ante el ataque recibido, la madre empezó a lanzar dentelladas como un animal acorralado a todo lo que se movía. El cuerpo del pequeño cayó al suelo, donde desapareció entremedio de las piernas que huían a la carrera.

La madre se lanzó entonces sobre la señora Platt, una adorable anciana sentada delante a la que había conocido en la cola de embarque y que estaba realmente preocupada ante la posibilidad de perder su equipaje. Con una velocidad inusitada, le arrancó un trozo de cuero cabelludo. Murió al instante. Ni siquiera fue consciente de lo que ocurría a su alrededor.

Los gritos y las carreras tratando de huir empezaron a ser un problema. La gente se empujaba al no haber cabido en el estrecho pasillo, algunos llegando a caer al suelo y siendo pisoteados por los que venían detrás. El zombi lanzaba zarpazos a todo aquel que pasase cerca y ahora creo que a más de uno le debió provocar heridas. Yo mismo podría haber muerto aplastado en ese instante si no llego a tirarme entre la fila de asientos que tenía a mi izquierda, arrastrando conmigo a la azafata.

El gran grueso de los pasajeros huyó hacía la cabina. Allí se apretujaron unos encima de otros, tratando de situarse lo más alejados posible del zombi. Unos pocos se dirigieron, al encontrarse más cerca, a la cola del avión.

Desde mi posición, vi huir despavoridos a todos ellos. Una mujer mayor cayó al suelo y fue pisoteada por la estampida, sufriendo severas contusiones. Solo unos segundos más tarde, cuando el pasillo quedó desierto, la ayudaron a levantarse y se la llevaron.

El avión estaba sumergido casi en la completa oscuridad. Solo las pequeñas luces de emergencia y los leds que recorrían el pasillo trataban de hacerle competencia a los rayos de la tormenta, cuya luz entraba por cada una de las ventanillas. Cuando estos mostraban su potencia, en el interior se podía ver con claridad. Fue en uno de esos fogonazos de luz, cuando pude ver los pies inmóviles de la señora Platt y los histéricos y en constante movimiento del zombi. El repiqueteo insistente de estos contra el suelo me llenó de terror.

Me atreví a mirar por entre los asientos. Allí estaba. Histérica. Estirada hacia su izquierda, cual larga era, dándome la espalda a mí y al pasillo.

Lentamente nos levantamos en silencio. La azafata, entre lágrimas, me sujetaba tan fuerte que parecía que acabaría arrancándome ambos brazos.

Observé con tensión cómo la señora Platt sangraba abundantemente por la herida de la cabeza. Me acerqué a ella con pavor y estiré lo más que pude la pierna para golpearle suavemente en el pie. No reaccionó. Estaba muerta.

La dominicana, justo detrás de la anciana, me ignoraba por completo. Estaba ocupada gritando de forma rabiosa hacía la ventana, donde un joven no había tenido la oportunidad de huir quedando atrapado en su misma fila.

Asustado y visiblemente nervioso, este permanecía pegado a la ventana del avión lo más que podía, mientras que la madre trataba de alcanzarlo. Al estar con el cinturón abrochado y con un asiento vacío entremedio, no podía alcanzarlo.

—Tranquilo — Le grité. — Te vamos a sacar de aquí.

La azafata, que seguía pegada a mí, me miró sorprendida. Parecía que, a pesar de no haberlo demostrado anteriormente, me entendía.

—... help, please... — Fue lo único que pude entender de la retahíla de palabras del joven.

Unos tirones en mi camiseta reclamaron mi atención.

—...see, see... — Me indicó la azafata.

Observé atónito cómo la mano de la señora Platt se movía ligeramente. Estaba viva.

Me acerqué a ella, tratando que recuperara el conocimiento con suaves bofetadas en su rostro. No sabía qué más podía hacer. Tras unas pocas, alzó la cabeza instintivamente. Cuando vi esos ojos mirándome supe que, fuera lo que fuera, aquello ya no era la señora Platt.

Se abalanzó sobre mí, haciendo que en mi intento por huir cayera de espalda contra los asientos contrarios, provocándome un dolor del que me acordé en numerosas ocasiones meses después. Ese ser, a pesar de querer tirarse encima de mí, no pudo. Nuevamente el cinturón impedía que el zombi abandonara su sitio.

— Let's go... — Escuché gritar detrás mío. Sin pensarlo un instante huimos de allí.

Corrimos, mientras los gritos de auxilio del desesperado joven se desvanecían entre los truenos de la tormenta. El resto de pasajeros, al otro lado de la cortina azul que separaba las distintas clases, nos gritaba para que nos alejáramos de allí.

Cuando atravesamos el trozo de tejido que parecía significar la salvación, nos dimos cuenta que la situación no era mucho mejor. Una azafata asiática, no sabría decir exactamente de dónde, aporreaba nerviosa la puerta de la cabina. Los pilotos desde el interior se negaban a abrir, alegando que se encontraban ante un ataque terrorista.

El señor que había perdido el dedo gritaba de dolor mientras su esposa trataba de tapar la hemorragia con toallas que alguien le había proporcionado.

El resto, apelotonados, se dividían entre los que gritaban y los que lloraban. Todo era ruido. Ruido. Ruido por todas partes. Ruido. No podía concentrarme. Intentaba pensar, pero la mezcla de llantos y gritos a voz tendida, me lo impedían. Harto, grité:

—Silence, silence, silence...

Aunque no de golpe, con cada grito que di, los producidos por los pasajeros fueron disminuyendo. Los llantos, por el contrario, parecieron aumentar.

—A ver, please. Hay... a policeman, here?

Se miraron extrañados entre ellos. Por un segundo creí que mi inglés era tan malo que ni siquiera me habían entendido. Lo cierto era que buscaban al igual que yo a alguien que diera un paso al frente. Pero no lo hubo. Si había algún tipo de policía, no

dio tal paso. Por lo visto, después del 11-S en cada vuelo viajaba un agente, o era una falacia o solo ocurría en Estados Unidos.

Los pasajeros, muchos con el miedo tiñendo sus rostros, me miraron. Tras unos segundos, entendí lo que esas miradas significaban. Por el mero hecho de haber realizado la pregunta me había tocado un liderazgo que no quería.

—We has help a man. —Dije como buenamente pude con la esperanza de que alguien me entendiera.

Los rostros de pánico se acrecentaron en algunos de los situados a mí alrededor. Me habían entendido.

Evalué a los pasajeros y señalé a un par. Entre ellos a Mont, el novio de la guapa holandesa de pechos grandes. Pensé que se negarían en redondo a acompañarme, pero no fue así o por lo menos ningún gesto por su parte me hizo entender tal cosa.

Fue entonces cuando aparecieron los niños tironeando de mi pantalón vaquero. Esos niños cambiaron mi vida. Dos hermanos franceses de ocho y diez años. Ambos morenos, delgados y de aspecto muy similar. Con caras alargadas que recordaban el pico de un pájaro.

Me dijeron algo en francés. Ante la cara de bobo que debí poner, los pequeños supieron que no les había entendido lo más mínimo, así que uno de ellos me mostró un comic. El título, Ressuscité, no me aclaró nada. Empezaron a pasar las hojas atropelladamente mientras hablaban los dos a la vez interrumpiéndose constantemente. Hasta que no me mostraron un dibujo en el que los muertos salían de sus tumbas para caminar por las calles pobladas de gentes, no lo entendí.

Miré entre los pliegues de la cortina a la madre dominicana y a la señora Platt. Ambas trataban de atrapar al joven, que lloraba asustado.

Una mueca nerviosa se reflejó en mi rostro. Los niños sonreían, después del trabajo bien hecho, como si todo fuera una aventura en un vuelo que hasta entonces había sido de lo más aburrido.

—Morts vivants. Zombis. —Precisamente, eso que no hubiese deseado entender, fue lo me quedo más claro.

Entre nervios que trataba de ocultar les pregunté:

—How dead him?

—Nous... le cerveau.

Mi incredulidad se hizo notable y el más pequeño de los hermanos le quitó el comic al mayor. Buscó entre las hojas. Me mostró una viñeta en la que un hombre chafaba la cabeza de un muerto viviente con un bate de béisbol. El mayor me alzó el pulgar y sonrió mostrándome su ortodoncia.

Si queríamos acabar con esas cosas, debíamos chafarles la cabeza. Pero, ¿con qué? No se podían subir armas a los aviones y no tenía intenciones de acercarme tanto a esas cosas.

Asustados, como bien reflejaban nuestros rostros, mis compañeros y yo nos dirigimos hacía la cortina. Iríamos en busca del joven atrapado. No porque tuviéramos valor, sino porque no lo teníamos para verlo morir. Y cambiar.

Antes de adentrarnos al otro lado, al peligro ante los zombis, el pequeño niño francés me detuvo. La sonrisa que lo había caracterizado hasta entonces había desaparecido. Eso me preocupó. Me mostró otra viñeta del comic. Entre juegos de sombras negras y blancas, un zombi mordía el tobillo de otro personaje. Le acaricié el pelo para tratar de tranquilizarlo.

— Estaré bien. —Le dije. Por supuesto no tenía la más mínima intención de que me mordieran.

Negó insistentemente con la cabeza y pasó unas cuantas páginas hasta llegar a otra viñeta. El niño, que era bastante listo, vislumbró que no me enteraba de nada y alternó ambas viñetas hasta que caí en la cuenta de que se trataba del mismo personaje. ¿Quería decir eso que si me mordían me convertiría en un muerto viviente? Ahora, después de tantos años y tantas batallas afrontadas, la pregunta que me formulé en ese momento parece la más tonta del mundo, pero por aquel entonces era un completo neófito en el tema. Ni siquiera había relacionado que eso que el chico me mostraba era lo que le había ocurrido a la señora Platt.

Le guiñé el ojo y pensé la suerte que tenía al tener ocho años, de lo contrario hubiera sido él el líder de la misión de rescate que estábamos a punto de emprender.

Nos adentramos en la oscuridad del otro lado de la cortina. Avanzamos lentamente. Abría la marcha. Despacio. Mis compañeros detrás. El joven atrapado intuendo que nos acercábamos empezó a pedir auxilio. Mont le gritó que se callara. Lo hizo.

Las gotas que corrían por las ventanas indicaban que llovía. Los rayos que estallaban en el cielo nocturno eran lo único que nos proporcionaba algo más de luz y solo en contadas ocasiones. El resto del tiempo intuíamos, más que veíamos. A cada foganazo de luz que entraba por las ventanillas aparecían ante nosotros claramente definidas, a unos cuantos metros, las horribles figuras de los zombis.

Por alguna razón que desconocíamos, las luces del avión no se habían encendido y todavía permanecíamos con las tenues luces de emergencia y algunas de las individuales que cada pasajero tenía sobre su cabeza. Estas últimas empezaron a tintinear hasta que finalmente se apagaron. Los leds del pasillo, sin embargo, nos indicaban cuál era el camino que debíamos seguir. Un camino que ninguno de los tres deseaba realizar.

Brian me llamó con leves golpecitos en el hombro. Ambos vimos como Molt recogía un maletín metálico de entre los asientos. Hizo gestos golpeando al aire y comprendí que pretendía destrozarse las cabezas de los resucitados si era necesario. Dudaba que pudiera hacerlo. En el fondo, por aquel entonces, yo pensaba que eran personas. Personas a las que habíamos visto con vida hacía bien poco.

Fruto del temor tardamos más tiempo del necesario en plantarnos delante de la señora Platt. Se lanzó hacía nosotros con los brazos estirados, pero nos mantuvimos a una distancia prudencial para que sus esfuerzos fueran inútiles.

Unas señales me bastaron para indicarle a mis compañeros que debían tratar de distraer a cada uno de los zombis. Ante nuestra presencia se mostraban visiblemente alterados. De esta manera, pretendía que el joven atrapado y yo pasáramos inadvertidos durante el tiempo necesario para el rescate.

Molt subió a los asientos de la fila contraria a la ocupada por los zombis, así no pasaría por el pasillo, cerca de las mortíferas manos. Brian, por su parte, se mantuvo en la misma posición. Acercándose a la señora Platt cada vez que esta se veía atraída por algo que no fuera él.

Me introduje en la fila anterior a la ocupada por la anciana zombi, atravesándola hasta llegar a la altura del joven. Dos filas delante de él.

—...Thanks, thanks... — Me dijo el joven muy nervioso.

Le indiqué que viniera hacía mi pasando por encima de los respaldos. Tarea no muy complicada en circunstancias normales, que por desgracia no eran en las que nos encontrábamos en ese momento.

Me estiré lo máximo que pude, para que en caso de que perdiera el equilibrio pudiera sujetarse a mí.

Pasó la pierna por el respaldo. La mujer dominicana se abalanzó hacía él tratando de agarrarlo. Molt, situado detrás con el maletín en las manos, descargó un violento golpe contra la cabeza del muerto viviente. Una y otra vez. Una y otra vez. Hasta que el maletín se desmontó entre sus manos.

La abundante sangre bañó con salpicaduras a todos los que nos encontrábamos cerca. El zombi, con la cabeza destrozada, permanecía inmóvil. Muerto. Otra vez. Algo viscoso resbaló por su rostro cayendo a borbotones sobre el asiento. Cerebro chafado.

La acción de Molt, además de haber acabado con el primer zombi de la historia, sirvió para que el joven llegara hasta mí mientras todos observábamos el rabioso ataque.

Salí con cuidado por donde había entrado, mientras que el joven no contempló mi salida como una buena opción y saltó unos cuantos asientos más hasta asegurarse de que se encontraba lejos de la señora Platt. Huimos sin más rodeos.

Los demás pasajeros, nos recibieron visiblemente esperanzados, entre aplausos y vítores.

A pesar de la alegría que sentí en ese momento, algo me carcomía por dentro. Algo que no me dejó disfrutar del primer momento en mi vida en el que fui considerado un héroe. Momentos que a lo largo de los siguientes años se repitieron con más frecuencia de la deseada.

—Brian, Molt. Come with me.

Nos separamos lo más que el estrecho lugar nos permitía. El resto de pasajeros apenas se dieron cuenta, puesto que todos querían abrazar y felicitar al joven que tan cerca había estado de la muerte. Hacía solo unas horas, éramos un puñado de extraños dentro de un avión. Este desafortunado incidente lo estaba cambiando. Nos estaba uniendo. Esa unión hizo que compartiera mis siguientes años con algunos de ellos. A la gran mayoría no los volví a ver. A unos pocos los lloré y enterré con mis propias manos.

Con un leve gesto señalé al hombre maduro que había sido mordido en su acto heroico. Jamás supe su nombre. Tal vez fuera mejor así. Los tres, gracias a los niños, supimos qué debíamos hacer.

Sentado, con los ojos casi cerrados por completo, sudaba de forma ostensible. Tenía signos visibles de estar padeciendo fiebre. Su mujer, a su lado, le humedecía la frente con toallas mojadas.

—... fièvre. Un médecin... —Nos dijo la nerviosa mujer al acercarnos a ella.

Aparté sus arrugadas manos de las toallas y pasé a ponérselas yo.

— Merci. —Esbozó una sonrisa forzada. Sin ganas.

Brian se llevó a la mujer con la excusa de que descansara un poco y tomara algo para recuperar fuerzas.

Entre Molt y yo levantamos como pudimos al hombre. Estaba ardiendo. No podía andar, prácticamente lo arrastrábamos. Una ardua tarea. Las miradas de algunos pasajeros se clavaron en nosotros. Cuando íbamos a pasar la cortina, muchos comprendieron lo que iba a suceder. Un silencio tenso, solo roto por los esporádicos truenos, se hizo en el avión. Caminamos cómo pudimos a oscuras por el pasillo. Aunque sabíamos que el único zombi que quedaba con vida permanecía sentado en su sitio, estábamos asustados. Los sonidos que hacía este y la respiración cada vez más débil del hombre que transportábamos no nos disminuía tal miedo.

No sin esfuerzo, llegamos cerca de la zona peligrosa. Allí, sentamos al hombre junto a una ventanilla. Asegurándonos que su cinturón estuviera bien abrochado.

Fue duro para todos ver y escuchar cómo moría. Más lo fue, verlo resucitar al cabo de pocos minutos. Especialmente a su esposa.

Así fue cómo realmente empezó todo.

Tal vez la plaga fuera culpa de un científico con buenas intenciones que al verse expuesto fue lo bastante irresponsable para no comunicar su infección. Tal vez fuera culpa de la madre dominicana por mantener relaciones sexuales con él, siendo su último pañuelo antes del suicidio. Incluso, tal vez fuera nuestra, por no detener la epidemia cuando tuvimos la oportunidad o quizá fuera del ejército francés que a pesar de tenerla bajo control cometió negligencias como la del tren a Toulouse.

Lo único cierto de todo esto fue, que en nuestra ignorancia, los pasajeros del vuelo SDQ-752 hicimos lo que creímos oportuno. Mil veces he deseado volver al pasado y acabar con esos tres zombis. Mil veces. Todo el sufrimiento posterior es en parte responsabilidad nuestra. Una responsabilidad que acabó en el momento en que los aviones del ejército nos escoltaron hasta la base militar. Cuando bajamos de ese maldito avión y fuimos obligados a permanecer en cuarentena, nuestra responsabilidad finalizó. Empezó la de otro.

Allí encerrados, por desgracia, nos enteramos del inicio de la epidemia que asolaría el planeta. Pero la cuarentena y esa terrible noticia que recibimos, formaran parte del siguiente capítulo.

ANA

Paola Fuentes

Regresó a casa un poco antes de lo previsto. Normalmente, daba varias vueltas por el barrio al salir del instituto para asegurarse de que su padre se había marchado antes de que ella llegara. Después de la agresión, sin embargo, se asustó y corrió a casa tan rápido como se lo permitieron sus piernas, a pesar de que sus pulmones parecían a punto de estallar. Las manos le temblaban mientras intentaba encajar la llave en la cerradura. Una vez en el interior de la vivienda, se encerró en el baño y se echó a llorar. Se sentía pequeña, indefensa, y el mundo se acababa de convertir en un lugar aún más peligroso. Había escuchado noticias sobre atracos, abusos sexuales, agresiones completamente salvajes... pero nunca se le ocurrió que pudiera pasarle a ella. No quería ni imaginar qué le habría hecho aquel perturbado si no hubiera conseguido escapar de sus garras.

Alguien llamó a la puerta del baño. Ella maldijo por lo bajo. No había contado con que su padre seguiría en casa.

—Ana, cariño ¿qué ocurre? —preguntó una voz masculina al otro lado. No mostraba sorpresa, sino más bien la resignación del que está destinado a ser rechazado eternamente. Efectivamente, la chiquilla no respondió. El padre suspiró y cerró los ojos, intentando ignorar la presión en el pecho que lo martirizaba cada vez que pensaba en su hija. Tal vez debería hacer como su mujer, dejarla por imposible, dejar de intentar razonar con ella y que el psicólogo se encargara de todo, pero no podía.

—Ana, por favor, abre la puerta —añadió, volviendo a la carga. Escuchaba sus sollozos amortiguados al otro lado, pero ni una sola palabra. Llevaba así más de seis meses, desde el último ingreso. La lucha permanente con ella lo tenía agotado.

El dolor en el brazo la ayudó a ignorar a su padre. Si veía la herida, la obligaría a ir a Urgencias, y todo el mundo querría saber cómo se había hecho semejante destrozo. Dado su historial de mentiras y autolesiones era poco probable que los médicos creyesen que aquello se lo había hecho otra persona. Un mendigo la había abordado a la salida del colegio, tan borracho que apenas conseguía coordinar los miembros para caminar. Se le echó encima como un loco; si no se hubiera protegido con el brazo, ahora luciría un grave desgarró en la yugular. En cuanto vio la oportunidad, salió disparada, y no dejó de correr hasta llegar a casa. Un mordisco en el brazo, venga ya. Nadie sería tan idiota como para creerse aquella historia, aunque fuera verdad.

Puso el brazo bajo el grifo, dejando que el chorro de agua se llevase la sangre. Los dientes del agresor aparecían claramente marcados.

Fuera del baño, el padre se debatía entre seguir insistiendo o marcharse a trabajar. La niña no parecía dispuesta a hablar con él, ni siquiera a abrirle la puerta, y ya eran casi las cuatro. La reunión empezaba en treinta minutos, tenía que darse prisa si quería llegar a tiempo.

—Por favor, Ana, si te ha pasado algo malo dímelo, deja que te ayude —dijo. A su súplica le siguió un prolongado silencio. Escuchaba el agua correr en el interior del baño.

—Vete, papá —respondió una vocecilla al otro lado—. Voy a darme una ducha.

—Si necesitas algo llámame al móvil —añadió el padre antes de marcharse, aún sabiendo que ella no lo haría. Siempre acababa por rendirse.

Esperó hasta que un portazo le confirmó que su padre se había marchado. Con sumo cuidado, terminó de limpiar la herida y la cubrió con gasas estériles sujetas con esparadrapo. Bajo el improvisado vendaje la piel se adivinaba ligeramente amoratada.

Poco a poco, el terror fue dejando paso a una sensación de angustia que hacía que se le atragantara la saliva y le dificultaba la respiración. Las lágrimas que habían sido de miedo se convertían en la expresión del dolor atroz que se originaba en el brazo y subía por los hombros, atenazándole el pecho y produciéndole náuseas. No sabía que un mordisco doliese tanto. Ella, que era experta en dolor, que se había mutilado tantas veces los tobillos que no podía contar las cicatrices, se retorció ahora por una herida incapaz de hacer sombra a las que se había inflingido a sí misma. Necesitaba un analgésico, pero el armario donde su madre guardaba las medicinas estaba, desafortunadamente, cerrado con llave. Consejo procedente, con toda probabilidad, de algún iluminado de Salud Mental.

—Hijos de puta.

El malestar iba en aumento y el termómetro confirmó que tenía fiebre, por lo que decidió meterse en la cama. Sus padres la encontraron allí unas horas después, medio dormida, cubierta de sudor frío. Los síntomas, similares a los de una fuerte gripe, la habían dejado completamente agotada, por lo que decidieron dejarla descansar.

—¿Cómo no se va a poner enferma? —murmuraba el padre—. Continúa negándose a comer... Tal vez le dieron el alta demasiado pronto.

—Tienes que darle un voto de confianza, cielo —respondió la madre, intentando convencerse también a sí misma—. El tratamiento no es inmediato, pero si ya no está ingresada será porque ha mejorado, ¿no crees?

—Puede ser, pero... —tomó aire, contuvo el llanto—. Pero tengo miedo. El mundo está loco y ella parece tan indefensa...

Alrededor de la medianoche, el dolor se hizo prácticamente insoportable. Se levantó de la cama dando tumbos, buscando ayuda, a pesar de que no tenía ningunas ganas de hablar con su madre. Le preguntaría por la terapia... La terapia, menuda gilipollez. Lo que necesitaba era perder esa horrible mole de grasa que rodeaba su cuerpo.

—Mamá, necesito un analgésico —dijo secamente.

La mujer la miró preocupada, poniéndole una mano sobre la frente. Por su expresión, Ana imaginó el aspecto que debía tener en aquel momento.

Gorda.

Fea.

Obesa.

Se apartó malhumorada, su madre frunció el ceño.

—Tienes mucha fiebre, cariño —dijo—. ¿Cómo te has puesto así tan rápido? ¿No estabas bien esta mañana?

—Pues dame algo también para la fiebre —espetó la muchacha, evitando responder a ninguna de las preguntas. Terminó aceptando una dosis doble de ibuprofeno, esperando que sirviese para bajarle la temperatura y reducir el dolor. Se marchó de nuevo a la cama sin despedirse.

Desde su habitación, los padres la escuchaban llorar y se estremecían. La gripe sólo era una complicación circunstancial, lo verdaderamente doloroso era soportar cómo su niña se mataba de hambre día tras día. Cuando mejoraba un poco, el miedo a que volvieran los fantasmas les impedía dormir. La escucharon llorar, como cada noche desde que tenía trece años. Para ellos no fue nada extraordinario.

Para Ana, sí.

Los fármacos no hicieron ningún efecto. Los temblores la martirizaban con intensas sacudidas, daba vueltas en la cama enredándose en las sábanas empapadas de sudor. En algún momento intentó incorporarse, con la intención de ir hasta la habitación de sus padres y pedirles que la llevaran a Urgencias. Ya le daba igual que los médicos se interesaran por la herida de su brazo o que la quisieran ingresar en Salud Mental de nuevo; aquella tortura era completamente insoportable. Sin embargo, fue incapaz de levantarse de la cama, de repente su cuerpo pesaba una tonelada. No le quedaban fuerzas ni siquiera para pedir ayuda.

—Mamá... —susurró. Buscó a tientas el interruptor de la luz, pero no llegó a pulsarlo. El brazo sano quedó colgando de la cama cuando Ana cayó finalmente en un pozo de inconsciencia.

La madre constató por la mañana, con una sonrisa, que la fiebre había bajado. La chiquilla, sumida en un profundo sueño, ni siquiera se movió cuando le puso la mano en la frente para comprobar su temperatura. Satisfecha, dejó un par de pastillas de ibuprofeno sobre la mesa de la cocina, junto con minuciosas instrucciones sobre cuándo y cómo tomarlas, antes de marcharse a trabajar y dejar a Ana descansando tranquilamente. Un examen más detallado hubiera revelado un estado de coma.

El teléfono llevaba sonando un buen rato cuando abrió los ojos. Desde la oficina, el padre llamaba por tercera o cuarta vez, todavía sin obtener respuesta. Su mujer le había asegurado que Ana se había quedado en casa, recuperándose de la mala noche anterior. Se sentía tentado de escaparse un minuto para ir a ver cómo estaba, aún sabiendo que no sería bien recibido. Ya no recordaba la última vez que su hija se alegró de verle. Quizá si probaba en un rato...

Ana se quedó un rato en la cama, intentando recordar. Tenía la cabeza embotada, como si tuviese resaca, pero el dolor de la noche anterior se había esfumado. Lo que tenía ahora era hambre, mucha hambre. Ella era una experta engañando al estómago, había conseguido pasar varias semanas sin llevarse prácticamente nada a la boca. Por tanto, la sensación en sí no le preocupaba. Sólo tenía que engañar a su cuerpo una vez más.

Le costó más de lo normal levantarse de la cama. Se sentía lenta, torpe. Entró en la cocina trastabillando. Ignoró los medicamentos y la nota de su madre, en su lugar, se puso a beber agua, directamente de la botella. Apuró hasta la última gota, casi medio litro, aquello sería suficiente para acallar las exigencias de su estómago. Sin embargo, la desagradable sensación volvió tan rápido que le hizo murmurar una maldición por lo bajo. En realidad, el sonido que salió de su garganta se asemejaba más a un gruñido. Le llegaba el olor de dos hamburguesas descongelándose en el fregadero, volviendo el hambre todavía más difícil de contener. Aún crudas, se le antojaban deliciosas.

Decidió alejarse de la tentación. Comerse aquella carne supondría engordar una tonelada y no era algo que se pudiese permitir. Buscó alguna forma de distraer su atención de la implacable necesidad de comer. Normalmente, el dolor solía funcionar. Se arrastró al baño y se hizo con unas tijeras, levantó la pernera del pantalón y clavó la punta, pero apenas sintió nada. Una gota de sangre se deslizó por el tobillo mutilado, sembrado de cicatrices recuerdo de otros momentos de desesperación. Insistió un poco más, hasta que la carne desgarrada se levantó, pero ni siquiera entonces sintió dolor. Y el hambre, ahí estaba el hambre, sentada en primera fila y riéndose de ella. Hacía años que la tenía bajo control. No podía perder ahora la batalla.

El teléfono seguía sonando a intervalos regulares, el padre en la oficina, exasperado, sentía los primeros síntomas de ansiedad. Había llamado a su mujer, al móvil de la niña, al teléfono fijo... No podía marcharse de la oficina con el jaleo que tenía, pero estaba claro que algo había que hacer. Llamó a su vecina, una mujer regordeta que ya estaba jubilada y solía hablarle a gritos a un perro diminuto. Le pidió que, por favor, le echara un ojo a Ana. La mujer aceptó a regañadientes, quedaba claro que estaba al tanto de que su hija era una chica problemática. Prometió llamar en diez minutos. El padre fue a por una tila. Eran muchos minutos para contener una crisis de angustia.

Intentó salir de la casa, alejarse de aquel olor que la estaba volviendo loca. No se molestó en vestirse, cada segundo que pasaba el hambre la asediaba más y más. Le costó horrores abrir la puerta, era como si sus manos no se acordasen de los movimientos que tenían que hacer. Fue esa pequeña pérdida de tiempo la que finalmente la hizo perder el control. Escuchó el cerrojo y la puerta se abrió ligeramente, pero poco importaba ya. En un momento de debilidad corrió a la cocina y devoró la carne con un apetito voraz. Ni siquiera estaba descongelada del todo.

Como siempre, después de comer llegó un desagradable sentimiento de culpa. Gorda, se dijo. Obesa. Debía de estar como una vaca. No podía consentirlo.

Se dirigió al baño con paso descoordinado. Cuando estaba delante del váter, se metió dos dedos en la boca, hasta la garganta, esperando una arcada que nunca llegó. Lo intentó de nuevo, pero era como si su cuerpo hubiese perdido el reflejo del vómito que en tantas ocasiones se había provocado. Enfurecida, comenzó a golpearse el estómago. Quería llorar, pero solamente era capaz de emitir un gemido lastimero. Horrorizada, se dio cuenta de que seguía hambrienta.

Un nuevo aroma captó su atención, silenciando los lacónicos quejidos. Escuchó atentamente, había alguien más en la casa. Una voz femenina preguntaba algo desde la entrada, aunque Ana no entendía nada de lo que estaba diciendo. Era incapaz de pensar. El hambre, aquel olor irresistible... De nada le sirvió luchar contra el instinto. Antes de salir del baño, se vio accidentalmente reflejada en el espejo. La imagen mostraba a una

chica flacucha, de cabello oscuro, corto y enmarañado. Se sorprendió al ver que la mole de grasa que solía ser su cuerpo se había reducido a un saco de huesos. Sin embargo, no pudo dedicar más tiempo a ese pensamiento. Captó el olor más cerca, y de inmediato salió a buscar su fuente.

Una mujer rechoncha estaba en el recibidor. En algún rincón de su memoria, Ana la identificó como su vecina. La mujer comenzó una pequeña charla sobre por qué no debía dejarse abierta la puerta de la casa, que las cosas están muy mal y en el telediario no salen más que desgracias y perturbados que se lían a mordiscos con la gente de bien. El pequeño discurso duró apenas unos segundos, los suficientes para darse cuenta de que algo no marchaba bien. La muchacha solitaria y taciturna que solía saludarla tímidamente en el rellano se dirigía hacia ella con el rostro deformado por una mueca desquiciada.

— ¿Estás bien? —murmuró, paralizada de repente. Como respuesta, Ana se abalanzó sobre ella y le clavó los dientes en el cuello. Rodaron por el suelo, forcejeando, hasta que Ana consiguió arrancar la suficiente cantidad de tejido como para que la mujer se quedara inmóvil en un charco de sangre, no sin antes preguntarse cómo alguien del tamaño de esa chiquilla podía tener tanta fuerza.

En la oficina, el padre acabó por desesperar. Hacía más de quince minutos que había hablado con la vecina y ella todavía no le había devuelto la llamada. Tampoco cogía el teléfono y, por supuesto, Ana continuaba sin responder. Asediado por una hiperactiva imaginación que le hacía ver mil y una macabras posibilidades de lo que podría haber ocurrido, salió disparado del despacho y condujo a casa a toda velocidad. Había mucho tráfico, la gente parecía especialmente inquieta. El trayecto se le hizo eterno.

Bajó del coche trastabillando y corrió escaleras arriba, el ascensor sería demasiado lento. Encontró la puerta entreabierta y contuvo la respiración. Conociendo a su hija, esperaba desde encontrarla llorando en un rincón hasta un intento de suicidio, pero no estaba preparado para la escabrosa imagen que lo recibió justo en la entrada. El cuerpo de la vecina, tirada en el suelo como un juguete roto, era el centro de un charco rojizo. Sobre ella se inclinaba Ana, empequeñecida por la gran masa de carne y sangre que la rodeaba. Estaba alimentándose del cadáver. No podía ser, Ana nunca comía, parecía tener el firme propósito de morir de inanición. Pero la imagen era clara.

Estaba comiendo. Incluso parecía estar disfrutando.

Un inexplicable júbilo se apoderó de él. Era un milagro.

¡La niña comía!

Después de unos minutos, Ana corrió de nuevo al espejo. Observó con satisfacción que su cuerpo no había cambiado. Por primera vez en años, se sintió aliviada. Había comido y continuaba delgada. Se había dejado llevar por el instinto, y había sentido placer. Volvió de nuevo junto a su víctima, deseaba seguir disfrutando.

Vio a su padre, observándola desde la puerta, radiante de felicidad. Lo saludó con una sonrisa torcida. Ya no tendría que volver a controlar el hambre nunca más.

DESOLACIÓN

Santiago Sánchez Pérez

La nieve cubre todo el terreno hasta donde alcanza mi vista, como una interminable capa de nata. Esa idea provoca otro doloroso calambre en mi torturado estómago. Aquí la tengo. La última frontera. Lo de última probablemente sea desagradablemente cierto. La única duda es qué acabará antes conmigo, si el hambre o los muertos vivos. Podría hacer como Bill y suicidarme. Pero soy demasiado tozudo para eso.

Ante mí se extienden cientos de millas de desolación y temperaturas de entre veinte y cuarenta grados bajo cero, y aún en el improbable caso de que consiga llegar a la costa. ¿Qué me encontraré allí? Supongo que eso ya lo veré cuando lo consiga. Debí haberlo intentado el año pasado, cuando aún tenía provisiones o en todo caso, antes de la llegada del invierno. Claro que aquí el invierno dura prácticamente nueve meses y, la verdad sea dicha, este plan de emergencia nunca pasó de ser eso: un último recurso.

Vuelvo la vista hacia atrás. La bruma que me rodea limita mi visión a poco más de una docena de metros. No puedo verles, pero sé que no andarán lejos. No son rápidos pero, a ellos, el frío no parece importarles una mierda.

No necesitan descansar, dormir, ni probablemente comer.

Esta pesadilla empezó hace ya casi dos años. Estaba en el refugio con dos urbanitas que habían decidido pasar un fin de semana de caza. Desde que Julie colgó el anuncio en Internet, publicitando mis servicios como guía para excursiones fotográficas y de caza, con rifle o con arco, no me faltaba el trabajo.

En aquella ocasión, los dos clientes parecían más decididos a emborracharse lejos de su esposa y al retiro espiritual que a otra cosa. Pero mientras me pagaran religiosamente, por mi bien.

Antón era un tipo de fuerte acento francófono y un serio problema con la bebida. Su puntería era tan mala, que a pesar de cargar con uno de esos rifles que por su precio deberían venderse en una joyería, no le acertaría ni a un cachalote a veinte metros.

Por el contrario, Bill era uno de esos meapilas que viven obsesionados con Dios. Al segundo día de excursión, ya estaba más que harto de sus citas religiosas y de sus desaprobadoras miradas.

Al llegar la noche, saqué mi pequeño aparato de radio y no pude evitar la risa cuando un nervioso locutor trataba de emular el efecto de la famosa retransmisión de Wells durante aquella noche de Halloween del treinta y ocho. Esta vez, en lugar de marcianos, el histérico locutor afirmaba que sin ningún motivo aparente los muertos estaban volviendo a la vida y atacaban a los vivos para devorarlos. Pero mejor escuchar eso que los rezos de Bill.

A las dos horas, la broma ya empezó a hacerse cargante y moví el dial buscando otras emisoras. Al parecer, todas se habían puesto de acuerdo. Debía tratarse o bien de una broma a gran escala, o más probablemente, de uno de esos estúpidos experimentos sobre los efectos de los medios de comunicación en la población.

A las tres de la madrugada, empecé a preocuparme seriamente y Antón insistió en volver al pueblo, donde le esperaban su mujer y su hija. No es que realmente nos lo creyéramos. Por lo menos, ninguno reconoció hacerlo. Pero estaba claro que no íbamos a cazar nada y bueno... no estaría de más acercarse al pueblo. Solo por si acaso.

Ninguno de nosotros, durmió mucho lo que quedaba de noche y nos pusimos en marcha con las primeras luces. El sonido de disparos no es algo demasiado raro en esta zona, pero hizo que Antón apretara el paso. Pero lo que a mí me resultó más inquietante no fueron los resonantes disparos, sino la forma en la que lentamente iba menguando el número de detonaciones.

Un par de horas después de oír el último disparo, saqué los prismáticos desde la pequeña colina que me otorgaba una vista general del pueblo. Lo que vi aún alimenta mis pesadillas. Quizás si esta mierda se hubiera desencadenado de día, en lugar de bien avanzada la noche, el destino del pueblo hubiera sido distinto. ¿Quién puede saberlo? Yo no, ya que no estaba aquí, cuando los muertos salieron de sus frías tumbas, caminaron pacientemente los escasos kilómetros que les separaban del pueblo y atacaron las casas, sorprendiendo a sus dormidos ocupantes. ¿Acaso nadie escuchó las noticias?

Quizás lo hicieran y al igual que nosotros, no las creyesen. No del todo por lo menos.

Desolación es apenas un pequeño pueblo de paso, que como indica su nombre, no destaca precisamente por su bullicio. Los únicos lugares donde llega la señal de televisión son la cafetería y el centro social, gracias a una aparatosa antena parabólica. Hay un par de tipos que me consta que se las apañan para piratear la señal de la antena, aunque básicamente, lo hacen para ver competiciones deportivas y películas pornográficas. Supongo que a nadie le importan demasiado las noticias cuando se vive tan aislado. Desolación era un último reducto de civilización, antes de internarse en millas y millas de terreno casi inexplorado. Su población, generalmente itinerante, a duras penas llegaba a las mil almas. Por desgracia, su cementerio se encontraba regularmente poblado por turistas, aventureros y trabajadores del oleoducto accidentados, aparte de por los habitantes locales, a los que de vez en cuando les daba por fallecer como a todo hijo de vecino.

Puede que fuera la expresión de mi cara la que hizo que Antón me arrebatara los prismáticos.

Mientras me sentaba en el suelo, tratando de procesar la locura que acababa de ver, Antón profería un escalofriante grito y emprendía una desesperada carrera hacia el pueblo. Debería haber intentado impedirselo. Pero no lo hice y nunca más volví a saber de él.

Bill y yo nos retiramos al pequeño refugio de montaña que utilizaba para mis excursiones de caza. Yo me pasaba el tiempo pegado a la radio, mientras, Bill lo hacía rezando y pidiendo perdón a Dios por nuestros pecados, los cuales habían sido los desencadenantes de su ira.

A los tres días, las provisiones empezaron a escasear. Por la radio informaban de que las cosas no andaban bien en el mundo exterior. Los análisis y autopsias en los cuerpos, no encontraron ningún tipo de virus, infección o explicación científica que explicara el fenómeno. Era un hecho, que los cerebros de aquellos seres, no se encontraban descompuestos. Algunos experimentos, mostraban que después de unos siete minutos de fallecer, el cerebro volvía a activarse, independientemente del estado del resto de órganos del cuerpo.

¿Cuántos cadáveres podía haber en el cementerio de Desolación? Sin duda demasiados y este clima no iba a contribuir a su pronta descomposición.

Transcurrieron dos días más sin que las noticias mejorasen. Al parecer, la vista de los fiambres ambulantes no siempre era funcional. Pero estaba claro que su oído era prodigioso y que se sentían rápidamente atraídos por los ruidos. Así que tuve que dejar mi rifle en la cabaña mientras salía a cazar con el arco, lo que limitaba seriamente mi capacidad para conseguir presas, ya que aparte de su menor alcance, tratar de acabar con un oso a flechazos es algo que me temo sólo ocurre en las películas.

Bill empezó a ponerse especialmente raro durante sus conversaciones. Él afirmaba que había llegado el fin de los tiempos y que este era el castigo de Dios por nuestros pecados. Para mí, Dios es el nombre que algunos hombres dan a aquellas obras de la naturaleza que son incapaces de comprender. ¿Es obra del señor que los lemmings se arrojen en masa por un precipicio?, ¿qué los salmones remontan los ríos para desovar?

La Naturaleza, como el Dios de los meapilas, puede ser implacable, pero también equilibrada. Todo en ella, tiene una razón de ser. Quizás nuestra especie careciera de un depredador que la controlase y esta sea su respuesta a esa carencia.

Al regreso de una de mis expediciones de caza me encontré con el cadáver ahorcado de Bill, colgando de un árbol cercano a la cabaña. No puedo decir que le eche de menos y por lo menos debo agradecerle que no le diera por pegarse un tiro, arriesgándose a delatar nuestra posición. El ser que manoteaba y pataleaba torpemente en lo alto del árbol ya no era Bill. Podía verlo en sus ojos. Aunque intentaba hacer algún tipo de sonido con la boca, supongo que no debe ser nada fácil hacerlo cuando una soga de esparto te tiene estrangulado. Mientras le metía una flecha en la cabeza no dejaba de sorprenderme que su cerebro se hubiera reactivado a pesar de la falta de oxígeno.

Así fueron pasando los días, más tarde las semanas y por último, los meses.

Las pilas de la radio se agotaron. Tampoco es que dijeran gran cosa, pero era mi único contacto con el exterior. De vez en cuando me acercaba a observar el pueblo con los prismáticos. No se veía demasiada actividad. Al parecer, cuando no se encuentran cazando a alguien, los muertos vivientes se limitan a esperar.

La caza pronto empezó a escasear. Se me terminaron las provisiones y el hambre empezó a hacerse realmente acuciante. Ante un mapa de la zona examiné mis alternativas. Existía un helipuerto cerca de la refinería, pero a duras penas soy capaz de conducir una furgoneta, así que aunque consiguiera hacerme con él, no sabría como pilotarlo.

Hacia el este había una ciudad que, por lo que había oído en la radio, ya había sido evacuada y era un hervidero de muertos vivientes y hacia el oeste, había varias cientos de millas de terreno presuntamente virgen, hasta llegar a la costa. Quien sabe, quizás allí hubiera alguna población aislada y en el peor de los casos, puede que pudiera hacerme con una embarcación. Sin duda un plan desesperado, pero más vale eso que nada.

El tiempo empeoró. Hacía semanas desde la última vez que había visto a un animal.

Mi única posibilidad era intentar bajar al pueblo para aprovisionarme. Hacía meses que no veía la menor actividad en él. Puede que esos cabrones hibernaran como los osos.

Por la radio habían dicho que su visión no era muy buena o algo así. Si me movía silenciosamente y durante la noche podía tener alguna posibilidad.

Por descontado, la intentona fue una cagada. O mejor dicho, la madre de todas las cagadas. Los cazadores somos pacientes y sabemos movernos en silencio, pero no somos invisibles. Cuando llegué hasta la gasolinera me permití pensar que iba a conseguirlo. Por lo menos, hasta que me encontré con Rob. El bueno de Rob, siempre con su abrigo y su grasienta gorra de un desconocido equipo de baseball. Había perdido gran parte del brazo derecho, del que sólo parecía quedar parte de un hueso astillado pero aún conservaba su flamante gorra sobre la cabeza. No tardé ni cinco segundos, en meterle una flecha entre los ojos. Lo malo, es que el no tardó ni dos en proferir una especie de rugido. Un sonido brusco y agudo, que empezó a propagarse por todo el pueblo, mientras cientos de gargantas muertas se sumaban a él.

Por todas partes, los cuerpos parecían despertar y salir de las casas para incorporarse a la caza. No me quedó más remedio que huir hacia el refugio. Por suerte, son lentos y no me fue complicado dejarlos atrás. Pero de alguna forma se las apañaron para rastrearne. Apenas tres horas después de mi llegada al refugio. Mientras temblaba bajo las mantas, más por los nervios que por el frío, pude oír los primeros rugidos. Me estaban cazando y como si supieran perfectamente que no tenía hacia donde huir, no les importaba anunciarlo a los cuatro vientos.

No tardé demasiado en prepararme, ya que no había gran cosa que tomar. Mi mochila siempre estaba preparada por si tenía que salir. Puesto que ya había sido descubierto, no había problema en volver a utilizar mi rifle para el que contaba con cuatro cajas de munición del siete sesenta y dos. Ochenta cartuchos. Más que suficiente para cazar durante meses. Ni para empezar para enfrentarme a la que se me venía encima, así que también tomé el arco.

Descarté los proyectiles con punta de caza menor y me quedé con apenas una docena de flechas con punta de cuatro cuchillas. Me colgué la funda con mi cuchillo Bowie y en el último momento, decidí introducir también bajo mi cinturón, el pequeño hacha de mango corto.

Y aquí estoy ahora. Más hambriento que antes, caminando casi a ciegas por una aparentemente interminable extensión de nieve. ¿Podría haber hecho otra cosa? ¿Es mejor sentarse a esperar a la muerte, salir a buscarla o huir de ella? No tengo respuestas, no tengo posibilidades, ni futuro.

Un rugido suena espantosamente cerca de mis espaldas. Están alcanzándome. Por lo menos los primeros de ellos. Calculo que tres, puede que cuatro. Me vuelvo y creo ver una silueta. Estoy a punto de intentar apretar el paso, cuando mi pie se enreda con algo bajo la nieve y me veo cayendo de bruces.

Es un lazo. Un jodido lazo, colocado a saber cuando, por a saber quién y con todo el terreno que hay por aquí, he tenido que ir a pisarlo precisamente yo. Si creyera en la suerte, diría que la mía no es que esté dándome la espalda, es que está escupiéndome en la cara.

Me aparto la nieve de la cara y me siento en el suelo, recuperando el resuello. De entre la bruma veo emerger a mis perseguidores. El primero, desafiando a un frío que ya no creo que sienta, camina totalmente desnudo, señalando en mi dirección con su congelada “minga dominga”, como si de una pequeña estalactita de carne se tratara. No veo la menor herida en su azulado cuerpo, por lo que debió de ser uno de los que murieron en el hospital por causas naturales. Parece mentira, que con sus pasos lentos y mecánicos, pueda haber llegado a alcanzarme. Supongo que es uno de los muertos “más frescos” y que por ello podrá moverse con mayor fluidez.

Tras el primero veo al que debió de ser un trabajador del oleoducto. Ha perdido el casco, la mayor parte del cuero cabelludo y casi toda la carne del lado derecho de la cara. Sobre su mono, que debió ser azul en un lejano pasado, aún conserva un nutrido cinturón de herramientas.

Imagino una larga caravana de cientos de fiambres que se mueven arrastrando los pies en mi persecución. Encabezados por los más enteros y recientes y supongo, que en la cola, se encontrarán los más deteriorados, arrastrándose mecánicamente. Si fueran inteligentes, se ahorrarían el esfuerzo. Es muy poco probable que queden ni las migajas de mí para cuando consigan llegar hasta aquí. Pero dudo mucho que sea precisamente la inteligencia lo que les motiva.

Será mejor que me libere. Son lentos, pero aparentemente incansables e inmunes al desaliento. Sonrío mientras pienso en el título de una película: “El tozudo contra los implacables”.

Tengo que escarbar con los guantes para encontrar el lazo. Debe ser obra de un cazador de osos, ya que tengo que emplearme a fondo con el Bowie para conseguir cortar el cable.

La distancia que me separa de los dos muertos ambulantes más rápidos se ha reducido a media docena de metros. Supongo que se merecen un descanso. Tomo el rifle y veo que durante la precipitada huida no cerré bien la funda y el cerrojo se ha congelado.

Con los gruesos guantes es complicado manejar el arco con precisión. Así que me descuelgo y dejo en el suelo las dos armas y empuño el hacha con la mano derecha y el Bowie con la izquierda. El zombi nudista levanta sus manos hacia mí y acelera sus movimientos, que por algún motivo me parecen especialmente rígidos.

La afilada hoja del cuchillo impacta contra su mano tendida. Para mi sorpresa, en lugar de seccionar varios dedos veo que es la mano entera la que cae por el golpe, como si fuera de cristal. Ahora entiendo la rigidez de sus movimientos. Puede que no sientan estas extremas temperaturas, pero su carne sí se congela.

Durante apenas un segundo juraría que por el inexpresivo rostro de mi adversario pasa algo parecido a una expresión de sorpresa cuando entierro profundamente mi hacha en su cráneo.

El cuerpo se tambalea hacia atrás. No soy capaz de recuperar el arma profundamente enterrada en su cabeza, cuando el ex trabajador del oleoducto llega hasta mi lado. Le propino una patada a su rodilla y veo que esta se parte limpiamente, como si estuviera hecha de vidrio.

Agarrando la empuñadura del cuchillo con ambas manos, clavo el Bowie a través de su nuca y el cuerpo deja de moverse al cabo de unos segundos. También el cuchillo queda atrapado en el cráneo. Diana, la menuda camarera que tantos cafés me había servido, emerge de entre la niebla.

Tomo un martillo del cinturón de herramientas del ex trabajador y la cabeza de Diana cruje satisfactoriamente cuando lo estrello contra la parte superior de su cráneo y sigo golpeando, hasta que su masa encefálica empieza a esparcirse sobre la nieve. Sus sesos desprenden vaho por el calor.

Por algún motivo, parece la única parte caliente de toda su anatomía.

Las palabras del locutor de radio empiezan a resonar en mi cabeza: “no parece ser obra de una infección o un virus”, “los cerebros de estos seres no parecen sufrir descomposición y vuelve a activarse de alguna forma”.

Sufro otra serie de dolorosos calambres en el estómago y, lentamente me veo recogiendo el cálido y blando contenido de la cabeza de Diana entre los enguantados dedos de mis manos.

Comer o ser comido. Sobrevivir. Eso es lo que importa. Ya no son seres humanos, son otra cosa. No se trata de una infección, el cerebro de estos seres no se descompone.

Vacilo durante unos segundos. La tozudez contra la implacabilidad y ahora la repulsión contra la desesperación. La Naturaleza es implacable contra los débiles y los pusilánimes.

Apenas tengo que masticar para tragar, pero me obligo a hacerlo. Son proteínas. Intento comer y no pensar. Me digo que ya no es Diana, sólo es “eso”. Sufro una violenta arcada, pero sigo llenando mi boca y al cabo de un rato, me sorprende abriendo un segundo cráneo en busca de su cálido contenido, sabiendo que no será el último.

Dios, suponiendo que exista, puede haberle dado la espalda a sus adoradores. Pero la Naturaleza no exige rezos ni obediencia, solo respeto y poder de adaptación. Los muertos vivientes quizás sean un castigo divino. Pero carecen por completo de poder de adaptación y aunque Dios les dé el poder para levantarse, no les ha dado el sentido común para inclinarse ante la Naturaleza.

Dentro de poco, incluso los más frescos y enteros, serán incapaces de moverse y yo dispondré de un amplio suministro de proteínas y comida caliente. Puede que esto no sea el final de mis problemas y supongo, que con la llegada de la primavera, es posible que muchos de los que ahora quedaran cubiertos por la nieve y no pueda encontrar, se descongelen y vuelvan a perseguirme. Pero eso es algo de lo que me preocuparé a su debido tiempo.

BIENVENIDOS AL NUEVO MUNDO

Víctor Mancha

La cabeza de Greta explotó en pedazos, esparciendo una mezcla de sesos, sangre, dientes y semen a su alrededor. Me había mirado una última vez, un segundo antes de que Iago le colocara el revolver en el rostro y apretara el gatillo. No supe interpretar entonces su mirada. Se me antojó desafiante y orgullosa pero al mismo tiempo, asustadiza y resignada, si es que semejantes emociones pueden convivir a la vez en un mismo gesto.

Yo no podía ayudarla, y ella lo sabía, siendo yo, a mi manera, tan esclavo como ella. Así que no hice nada cuando los esbirros de mi padre se turnaron para desahogarse con ella.

Llevábamos un año amándonos a escondidas, en silencio, y no hice nada. Ni siquiera cuando Iago le voló la cabeza.

—¡Putá! ¡La maldita puta me ha mordido! —gritaba el desgraciado, tras disparar al cuerpo de Greta una segunda vez, dejando luego caer el revolver al suelo mientras que con la otra mano se agarraba el colgajo sanguinolento en que se había convertido su polla. Sofoqué la risa que amenazaba con escaparse de entre mis labios, mientras el resto de los hombres miraban petrificados sin saber que hacer. Sentí asco, entonces: ¿cómo podían ser estos los tipos que se encargaban de mantenernos a salvo?

Todo el mundo empezó a acercarse entonces, sin duda, alertados por el disparo, mi padre entre ellos.

Se erguía desafiante, una torre humana, y me sentí ínfimo a su lado.

—¿Qué ha pasado aquí? —gruñó con esa voz ronca y gutural que hace llorar a los bebés, y hieló la sangre de los niños.

Nadie se atrevió a contestar. Observé a la multitud allí reunida. Parecían cansados. Sin ilusiones. Sin esperanza.

—¿Y bien? —El tono de voz de Padre indicaba que estaba empezando a perder la paciencia. Ese era Padre, nunca tenía tiempo para tonterías.

—La... la puta... —comenzó Iago, con voz la voz entrecortada por las lágrimas y mocos que le caían de los ojos y la nariz—. La puta me ha mordido” —Bajó la vista hasta su entrepierna, con un gesto contrito, que imagino buscaba la simpatía de mi padre.

Mi padre miró el cadáver de Greta y luego volvió la vista hacía Iago.

—¿Eres tú el que ha disparado?

—Yo... ha sido... ha sido el instinto. No lo he pensado... esa puta me ha mordido... duele mucho —lloriqueó.

Mi padre asintió y señaló a un par de hombres, aparentemente al azar.

—Llévoslo a la enfermería.

Los hombres se apresuraron a hacer como Padre decía.

—Gracias. Muchas gracias —dijo Iago, con las lágrimas asomándole todavía en los ojos, mientras lo ayudaban a sacarlo de allí.

Padre lo ignoró.

—¡Los demás! —Gritó— ¡Vamos! ¡Todo el mundo de vuelta a su trabajo!

La pequeña multitud empezó entonces a dispersarse.

Padre se dirigió hacia uno de sus lugartenientes, que a una señal suya se había quedado atrás.

—¿Crees que habrán oído los disparos? —preguntó con voz seca, desprovista de toda emoción.

—Es difícil de saber —le contestó su segundo, ladeando la cabeza—. Hace días que no tenemos avistamientos, pero esos putos andantes nunca están demasiado lejos.

Padre gruñó entonces.

—Maldito cabrón. Está bien, quiero que aumentes la seguridad y que refuerces los muros del rancho, y quiero a un francotirador en cada una de las torres las veinticuatro horas del día. ¿Tenemos suficientes provisiones?

—Suficientes para aguantar al menos un par de semanas.

—Muy bien, nadie saldrá ni entrará de aquí en las próximas horas hasta que veamos cómo se desarrollan todo. Esas cosas son lentas e idiotas, pero si nos han oído, no tardarán mucho en aparecer —Calló entonces un segundo—. Llama a las mujeres para que recojan el cuerpo —dijo, señalando el cadáver de Greta.

El hombre asintió y se dispuso a marcharse.

—Una última cosa —lo interrumpió mi padre—. Iago... deshaceos de él. No tengo uso para escoria como él en el rancho. Y la próxima vez que volváis a usar una de las putas sin mi permiso os volaré la cabeza yo mismo a todos y prenderé fuego a este lugar. Si los andantes no acaban con nosotros, lo haré yo mismo.

El lugarteniente asintió nervioso, y salió rápidamente de allí.

Mi padre volvió entonces la mirada hacia mí. Intenté sostenérsela, pero la frialdad de sus ojos hizo que, como siempre, volviese a perder la batalla. Agaché la cabeza, y cuando volví a levantarla Padre ya no estaba allí.

De manera casi inmediata aparecieron tres mujeres. Dos de ellas traían un trozo de sábana raída con la que procedieron a envolver el cuerpo, mientras la tercera, una chica que no podía tener más de quince años empezó a limpiar la sangre y los restos de cerebro. Ninguna me miró ni levantó la mirada mientras llevaban a cabo su desagradecida tarea. Eran listas. Se habían resignado hacía tiempo a su destino, hasta la más joven de ellas. Y lo más importante: tenían miedo. Llevaban años viviendo con él, y este se había arraigado tan dentro de ellas que ya nunca se marcharía de aquel lugar que había reclamado como suyo.

Observé cómo se llevaban el cuerpo y pensé en Greta. La puta de diecinueve años que había decidido que ya bastaba, que ya había sufrido suficientes humillaciones, que ya había sido vejada demasiadas veces, y cuyo cuerpo ahora sería enterrado en los campos de cultivo del rancho, donde serviría como fertilizante para las patatas y las cebollas. Quise llorar por ella, realmente lo quise, pero las lágrimas no llegaron.

Greta, el amor de mi vida, la chica a la que había amado en silencio desde que tenía once años había muerto, y yo no sentía nada, más allá del vacío interior que me acompañaba desde hacía tantos años, tras la muerte de mi madre. Greta había conseguido llenar ese vacío ocasionalmente, y ahora nunca más volvería a hacerlo.

La chica seguía limpiando, y la observé con pena. Estaba casi desnutrida, y muy poco desarrollada para su edad. Quizá por eso los hombres no habían empezado a usarla para desahogarse con ella todavía. Esa situación no duraría mucho, las mujeres escaseaban, y los apetitos de los hombres se volvían más salvajes, más primitivos con el tiempo. Era lo único que les quedaba ya: el sexo y la violencia. No quedaban ya hombres buenos en el mundo. Los que no habían muerto a manos de los andantes, o se habían convertido en uno de estos, o habían muerto a manos de otros hombres más salvajes, con menos escrúpulos, más amorales que ellos. Hombres que no se sentían atados por las antiguas convenciones sociales o conceptos inculcados como la moralidad, la piedad o la justicia.

Moral, piedad, justicia, palabras que un chico de quince años como yo no debería saber, ni mucho menos importarle. A los pocos chicos de mi edad que había en el rancho ciertamente no les preocupaban esos conceptos. Todos se habían criado allí, y eran poco más que bebés cuando la plaga tuvo lugar. Ninguno tenía recuerdos de cómo había sido la vida antes de los caminantes. Yo tampoco, pero la diferencia entre ellos y yo, es que yo sabía leer. Madre se había empeñado en ello, y, aunque padre no vio al principio la necesidad (prefería que yo aprendiese cosas útiles como cazar, cultivar la tierra o aprender a usar armas), cedió cuando comprendió que saber leer me daría cierto estatus frente al resto de mis compañeros cuando llegase el momento de elegir un nuevo líder.

Así que aprendí a leer, a través de los pocos libros que madre pudo rescatar. Aprendí cómo era la vida antes de la plaga, y aprendí conceptos que quedaron grabados a fuego en mi cabeza, antes de que padre decidiera que ya había aprendido lo suficiente, y que quizá esos libros no eran una buena influencia para mí.

A veces pienso en madre y me invade la tristeza. Sufrió mucho los últimos meses. En circunstancias normales la hubiesen matado en cuanto se dieron cuenta de que no iba a mejorar: una mujer enferma, al igual que los ancianos, no aporta nada al

grupo, solo consume espacio y recursos, y nada de eso sobra en estos tiempos. Si la dejaron vivir más tiempo es porque padre lo decidió así. Pero llegó el momento en que hasta él decidió que ya era suficiente, y que no le debía nada más a la mujer con la que había compartido veinte años de su vida. Ya para aquel entonces había empezado a usar a las otras mujeres para satisfacer las necesidades que su esposa ya no era capaz de cubrir.

Cuando entraron a su habitación a llevársela fue la última vez que lloré. He sido incapaz de hacerlo desde entonces. Ni siquiera por Greta. Ni siquiera por ella. Dudo que sea capaz de volver a llorar jamás. Ya solo me queda convertirme en uno más de ellos. En otra bestia, otro animal más.

Ya no quedan hombres en el mundo, dijo mi madre, antes de morir. Creo que tenía razón.

Han pasado cinco días. Como presagiaba padre, los caminantes se amontonan tras las paredes de cemento levantadas a lo largo de todo el rancho. El disparo los alertó, y de manera lenta, pero metódica, han ido llegando uno tras otro. Gimen, gruñen tras los muros y las alambradas, golpean incansables las entradas que padre ha mandado fortificar.

Nadie habla en el rancho. El humor se ha tornado todavía más negro que de costumbre. Los hombres hacen guardia, las mujeres lavan la ropa y preparan la comida y los bebés, que nunca sabrán quién es su padre, cómo intuyendo lo que ocurre, apenas lloran, guardando un perturbador silencio.

Cuando llega mi turno de hacer guardia me subo a una de las torres de vigilancia y oteo el horizonte: aunque menos, todavía siguen llegando. No sabemos cuanto tiempo estarán aquí antes de cansarse y marcharse a otro sitio en busca de alimento. Pueden pasar semanas, meses incluso. O puede que no ser marchen nunca, puede que esto sea el fin. Y a una parte de mí le reconforta ese pensamiento.

Todavía en la torre, dejo de vigilar y permito que mi mente vuele a otra parte, a un lugar donde madre está viva, donde Greta está viva, donde nada de esto está teniendo lugar. Donde los hombres son hombres. Es un sueño bonito.

Acaba mi turno. Bajo las escaleras y echo un vistazo a mi alrededor. Y tomo entonces una decisión.

Me acerco con paso tranquilo a la entrada principal, cubierta por un par de los mejores hombres de mi padre. Saco el revolver que llevamos todos encima para volarnos la cabeza como último recurso ante los caminantes, y disparo dos veces. No necesito más. Padre me enseñó a no malgastar balas sin necesidad.

Con rapidez, consciente de que mis disparos habrán alertado a todo el mundo en el rancho, procedo a destrabar la puerta y hago correr los grandes cerrojos que la mantienen cerrada.

Tardan unos segundos, pero al fin las puertas se abren y ellos entran. Muy lentos al principio, más rápidamente después. Oigo gritos de sorpresa y terror detrás de mí, pero los ignoro.

Noto una sustancia líquida que desciende por mis mejillas y me doy cuenta de que me equivocaba cuando dije que nunca volvería a llorar.

Los caminantes se abalanzan sobre mí, y sonrío porque sé que enseguida acabaré todo.

Madre tenía razón: ya no quedan hombres en el mundo.

Pronto, tampoco quedarán bestias.

LA PRINCESA Y EL ZOMBI

Estrella Navarro Blanco

Érase una vez, en un país muy, muy lejano una joven princesa que vivía en un castillo. La princesa tenía todo lo que podía desear: rodeada de riquezas, una corte entera rendida a sus pies, unos padres atentos y cariñosos y todos los príncipes de los condados cercanos se disputaban su amor, pues además de una gran dote entre tierras y posesiones la princesa poseía una belleza que no tenía igual. Pero la princesa no era feliz, pues siempre encontraba algo que ansiara y no poseyera. Ahora era un brioso corcel, ahora un vestido nuevo, ahora una estrella. Pues igualable a su belleza era su egoísmo.

Nuestra linda princesa necesitaba sentirse colmada de regalos y alabanzas constantemente y por eso organizaba cada dos noches un baile en la que absolutamente todos estaban invitados: los nobles para cortejarla y los plebeyos para entretenerla y servir de blanco de sus burlas. Y esa noche, tocaba baile en palacio. Iba a ser el baile más esplendido que nunca hubiese dado y desde luego que nadie hubiese visto con las mesas repletas de succulentos manjares, adornadas con manteles de las más finas sedas, con el mejor trovador de allende los mares y las bailarinas más bellas y exóticas de todo el mundo. Todos los invitados recibirían, con su invitación, un cesto de frutas exóticas y un gran buda de jade al asistir, y pisarían las mejores alfombras de Persia. Las flores más hermosas adornarían el salón de baile, iluminado por cientos de velas y los mejores inciensos del mundo inundarían la estancia con su suave y delicado aroma. Y cuando todos estuvieran entusiasmados con cuanto les rodeaba, entonces, ella descendería las escaleras principales, como una diosa, como si Afrodita descendiera del Olimpo, con unas gasas cubriendo su cuerpo, deslizándose por sus curvas, formando una vaporosa nube a su alrededor mientras que cientos de pequeñas estrellas diamantinas brillarían por todo su cuerpo y un mar de perlas rodearían su cuello cayendo entre sus senos en una cascada. Mientras las luces tintinean sobre su cuerpo bronceado que la misma Cleopatra envidiaría. Y la plaga que assolaba sus tierras quedaría nuevamente olvidada, pues en sus salones la plaga no tenía cabida.

No todo era perfecto y como en cualquier cuento de hadas, la madrastra malvada hacia acto de presencia, y para nuestra princesa no era distinto. El mal que acechaba a nuestra princesa era un mal incluso peor que la envidia suscitada a una vieja que antaño fuera hermosa y ansiaba su juventud y belleza. Esta anciana ansiaba su cerebro y su carne fresca, pues una enfermedad mermaba a sus lacayos, una plaga desconocida e inmundada que convertía a todos en caníbales sin corazón y no entendía de clases. Cuando la muerte negra te tocaba no importaba que fueses clérigo, noble o plebeyo, no entendía de posesiones ni de belleza y eso era lo que más asustaba a nuestra princesa, el verse convertida en un saco de pus pestilente andando sin rumbo deseando un trozo de carne sin infectar al que echar el diente.

Pero esa noche, nuevamente, nuestra princesa tenía mil quehaceres para que todo fuese perfecto sin preocuparse de la plaga, pues muchos caballeros vendrían a disputarse su amor y cansada ya de halagos superfluos y regalos que llenaban habitaciones a cientos tenía una sorpresa especial para sus admiradores.

Llegó la noche y todo estaba tan perfecto como en la imaginación de la princesa, el embriagador aroma de los inciensos llenaban la sala de baile embriagando todos los sentidos, no se percibía ni un ápice del olor a podredumbre, las telas eran aun mas increíbles y los faisanes, patos, ciervos y jabalíes asados llenaban las mesas junto a cientos de cestos de frutos que los sirvientes ofrecían a todos los invitados. El resplandor de las sedas bajo las luces y el brillo de las copas del mejor cristal de bohemia solo hacían que las sonrisas de júbilo de los invitados brillasen más. Las parejas de baile giraban y giraban mientras la más delicada música sonaba y los que no se atrevían a bailar eran entretenidos por los mejores bufones de este lado del océano. Hasta que las trompetas sonaron para anunciar la entrada de la princesa y todos enmudecieron al verla descender las escaleras.

Su larga melena negra caía hasta la cintura en suaves ondas adornadas con el brillo del topacio, el vaporoso vestido azul la hacía parecer una aparición al flotar tras ella en el aire, su bronceada piel brillaba cual luz en la noche bajo los afeites egipcios, sus labios rojos como rubíes atraían a los hombres de la sala cual canto de sirenas y sus ojos, negros como el más perfecto onyx refulgían de placer recorriendo la sala, deleitándose con las alabanzas mudas de sus rostros hasta que se topo con él. El ser más perfecto que había visto. Era un ser tan perfecto y puro en todo sus rasgos que la polarizaron con un simple vistazo. El hombre más hermoso que había visto, el ser más encantador. Solo una mirada había bastado para robarle el corazón. Las luces arrancaban destellos dorados de su larga melena rizada, sus ojos contaban mil historias, su rostro era una sinfonía y solo con pensar en sentir sus labios en su piel la hacían estremecer. Y aunque se maldijo por ello, lo justo era justo, tendría que participar con los demás en el juego de la noche: la caza del caminante.

Se encontraba ensimismada girando con su príncipe que no se dio cuenta que ya habían pasado los doce bailes tras el que se iniciaría el juego, cuando las trompetas sonaron y su padre, el rey, se puso en pie para anunciar que el vencedor del juego de esa noche podría tomar la mano de la princesa como recompensa. La princesa se dirigió a su acompañante de baile y le dio su pañuelo para que le diera suerte en la cacería.

La noche caía sobre el castillo y los zombis salían en busca de su alimento mientras que los concursantes en la caza del caminante se preparaban esperando el orden del rey para lanzarse hacia los bosques que rodeaban el castillo a conseguir sus trofeos, pues el que más cabezas de infectados trajera a la mañana siguiente se proclamaría vencedor. Todos los príncipes que acudieron al baile estaban allí, menos el que ella buscaba. Suplicó a su padre que esperara a que lo encontrase y mando a todos sus lacayos en busca de aquel que había robado el corazón de la princesa. Cuando ya estaba a punto de darse por vencida apareció su ayuda de cámara con el apuesto joven pisándole los talones. Sus ropas aparecían manchadas y el sudor cubría su frente. Al verlo, el rey encolerizó, no permitiría que su mozo de cuerdas optara al corazón de su hija, un plebeyo con la mayor joya de la Corona. La princesa suplicó y suplicó lloro, se rasgó las vestiduras y su padre no cambiaba de parecer, hasta que su esposa le susurró algo al oído y por fin accedió.

Ya era noche cerrada cuando marcaron el principio del juego y todos los participantes se internaron en el bosque, todos llevaban grandes armas, todos menos el apuesto mozo. Pues el Rey había dictado que cada uno participara con el armamento que dispusiera, así que fue con su azada y el tridente del heno a enfrentarse a los no muertos.

El bosque estaba plagado de esos seres y el mozo estaba temblando, había matado a decenas de ellos pero siempre se había enfrentado a los resucitados en pocas cantidades cada vez, pero no por ello dudó, se colocó en el centro de un pequeño claro y mató a uno tras otro conforme iban llegando. Las vísceras y la sangre salpicaban su cara, mientras los cuerpos, inertes por fin, caían a sus pies, formando una montaña que lo iba sepultando cada vez más. Hasta que cuando creía que con un solo cuerpo más no podría mover sus armas, cuando los rayos de sol empezaron a asomar por las verdes montañas, las trompetas sonaron y los enviados del rey pasaron a recoger a los concursantes que seguían con vida, y a cargar en carretas los cuerpos de los incontables derribados.

De todos los que habían salido, por lo que el mozo sabía más de una treintena, regresaron tres, cada cual acompañado por una carreta enorme de cabezas de zombis. A las puertas del castillo el rey empezó a realizar la cuenta: el primero había logrado matar a setenta de los monstruos, el segundo alcanzó la cifra de ciento treinta y nueve y llegó el turno de la carreta del mozo. El rey no podía permitir que el fuera el vencedor aunque con ello hiriera el corazón de la princesa. Ya iba por el ciento treinta, ciento treinta y uno y dos y tres y cuatro, hasta que miró la carreta, no podía ser, allí habían cinco cabezas más. No lo podía permitir y cuando llegó al ciento treinta y siete dio por vacía la carreta, tirando su capa dentro de ella. El mozo y el carretero sabían que quedaban cabezas dentro pero que podían hacer ellos ante el rey, si elevaban la más mínima queja les haría encarcelar o ahorcar para entretenimiento de la corte, o peor aún, los encerraría con más portadores de la muerte negra sin ningún tipo de arma con la que ayudarse.

La princesa lloró y rogó a su padre que no la obligara a casarse con aquel hombre, déspota y ruin que solo se amaba a si mismo y a las opíparas comidas. Ese ser gordo, sudoroso y además engreído. Pero el rey había dado una palabra y no podía echarse para atrás y menos a favor del mozo. La boda se celebraría esa misma noche en el salón del trono y absolutamente toda la corte tenía que asistir.

Y allá corrió la princesa a su torre, el día que debía ser el más feliz de su vida lo pasó entre lágrimas y quejidos, entre pañuelos y anhelos. Todos sus sueños habían quedado rotos, todo lo que poseía no valía ahora nada para ella, pues lo que más amaba le había sido negado. Y su corazón lloraba más aun que sus ojos. Cuando toda la ceremonia estuvo preparada y sus ayudantes de cámara la vistieron, mientras que su madre y su ama lloraban desconsoladas con ella aunque la insuflaran de valor. Todo estaba previsto, la princesa a las entradas de la sala del trono esperando que la banda tocara para anunciar su entrada, esperó y esperó pero las puertas no se abrían.

Dentro la escena era muy distinta a lo que se esperaba en una boda de la más bella princesa de todo el mundo, pues el príncipe con el que debía contraer matrimonio había sufrido un accidente del que se guardó bien en contar a nadie. Mientras estaba en el bosque uno de los no muertos a los que había dado por rematado, se había arrastrado y le había mordido en el tobillo. Y mientras la princesa se había estado preparando para la ceremonia, él había empezado con el banquete y al ir atacando a los invitados estos se transformaron también, atacándose los unos a los otros. Los cuerpos tirados por el suelo, las rosas blancas, guirnaldas y tapices salpicados de sangre y mientras los manjares estaban intactos en sus bandejas los cuerpos estaban todos a medio comer. Las bocas que hacia unas horas se abrieron para disfrutar de manjares exóticos allende los mares, lo hacían ahora para engullir a quienes fueron sus parejas de baile.

Impaciente como era la princesa no pudo aguantar a que le dieran la entrada y al abrir las puertas del salón del trono vio esa escena dantesca ante ella. Corrió por la sala intentando encontrar a sus queridos padres, corrió, gritó y esquivó como pudo a tantos podridos como había, hasta que a los pies del trono, rodeado de un charco de sangre, vio a su mozo. Las lágrimas asomaron a sus ojos como una joven enamorada asoma al balcón en espera de su amado y corrió a estrecharlo entre sus brazos. Entre borbotones de sangre y estertores de muerte el joven mozo alzó la vista hasta la princesa y con una media sonrisa en el rostro le dijo que la amaba desde el primer día que la vio. Ella llorando le dijo que también lo amaba, más que a nadie en este mundo y se entregó en un apasionado beso, un beso como los de los cuentos que le contaba su ama, tal como había soñado ella que sería, exactamente igual hasta que él cerró sus dientes alrededor de su lengua arrancándola. La princesa cayó, ahogándose en su propia sangre, y mientras sostenía la mano de su amado expiró su último suspiro.

Unos minutos apenas después la princesa volvió a abrir sus ojos, encontrándose con el mozo a su lado, mirándola y agarrando su mano como estuviera cuando ella cerró los ojos. Ambos se incorporaron y agarrados de la mano fueron hacia los bosques. Y por ellos siguen vagando, en busca de carne fresca que devorar, por toda la eternidad.

YA VOY, CARIÑO

Ángel Villán

Con la espalda apoyada en la puerta del baño, los brazos de Alex se engarrotaban entre temblores y espasmos. Apretaba el mango del hacha con tanta fuerza, que sus dedos perdían el color, sus nudillos crujían, y las uñas, mordisqueadas, se clavaban en su carne hasta horadar la piel. Notó cómo su sangre, hirviendo, escurría desde sus yemas y continuaba por el dorso de la mano, hasta mezclarse con las manchas frescas del arma. Para desgracia de Alex, el cóctel carmesí que se arremolinaba en la hoja del arma distaba de ser extraño: aquella unión se producía con sangre de su sangre.

El pequeño reguero del hombre empujaba las viscosas manchas, arrastrándolas hasta el filo del arma. Allí se columpiaban con suavidad hasta que uno de los numerosos temblores de Alex propiciaba su despeño; precipitándose sobre la cerámica del piso y mancillando el immaculado blanco del cuarto de baño. Al sumarse a sus predecesoras, poco a poco se había un diminuto océano escarlata, gelatinoso y brillante.

Aquel goteo debía ser imperceptible entre tanto alboroto al otro lado de la puerta; no obstante, su trastornada mente se ocupaba de aislar aquel minúsculo sonido para convertirlo en tambores que martilleaban su cabeza.

—¡Alex! ¡Alex, por favor! —los estridentes gritos de su mujer volvieron a atravesarle el estómago, provocando que se retorciese y apretase, aún más si cabe, el mango de madera— Por favor...

La última súplica de su mujer se ahogó en sollozos y quejidos.

A pesar de estar encerrado en el cuarto de baño, él podía imaginar perfectamente lo que pasaba al otro lado, en su dormitorio. Petra, su amada esposa, seguía forcejeando con su propia hija. La más pequeña de todas, la primera en sucumbir bajo el diablo y la ejecutora de la desgracia familiar.

—¡Ayúdame! ¡No me ha mordido! ¡Te lo juro! —escuchó más ruidos: la lámpara de la mesilla estampándose contra el suelo, tela rasgándose, los resoplidos y quejidos de su mujer.

Pero lo que más le estremecía eran las vibraciones que hacían los talones desnudos al golpear, nerviosos, el suelo de su dormitorio. Se asemejaban a descoordinados tambores de ejecución, crispándole los nervios. Junto con los chillidos de su hija, gruñidos guturales y graznidos de cuervo endemoniado; aguantar ahí, imposible, era un esfuerzo sobrehumano

Y en mitad de aquella encarnizada lucha, un portazo lejano; convirtiéndose todo en una sucesión de golpes sordos y amortiguados.

—¿Estás contento, cabrón? ¡La he encerrado en el armario! —más puñetazos contra una puerta corroboraban sus palabras— ¡Ya puedes salir, jodido cobarde!

Aquella provocación hizo efecto en el padre de familia, que no aguantó más tiempo allí, escondido y a salvo. Apretó los dientes y resopló por la nariz, como un toro embravecido. Se despegó de la puerta, agarrando con avidez el pomo y la abrió de par en par, preparado para cualquier cosa. Ya nada podría ser peor después de lo que había hecho.

Se fijó primero en su mujer, sentada en el suelo, sujetando de costado la puerta del armario. Le miraba con odio y resentimiento; sus ojos, enrojecidos y llenos de lágrimas, parecían repetir una y otra vez sus últimas palabras: “cobarde, cobarde, cobarde”.

El armario temblaba con cada sacudida, entreabriéndose por un instante y mostrando una abertura negra como un abismo sin fondo. Tuvo un esbozo del infierno que intentaba abrirse paso al otro lado de la madera: su hija, embriagada por la más terrorífica de las iras, se lanzaba una y otra vez contra la puerta, pretendiendo salir a toda costa. Si lo lograra, no tardaría ni un segundo en alcanzar a su madre y lanzarse a despedazarla con sus diminutos dientes. Alex imaginó por un instante aquella situación: con la dentadura mellada, su hija terminaría por arrancarse el resto de dientes al clavarlos en la carne de su mamá.

Sacudió la perturbadora imagen de su cabeza y se fijó en Petra, su esposa. Ella acometía las sacudidas lo mejor que podía; sin apartar, ni un sólo instante, la crispada mirada de sus ojos.

—¿Y ahora? ¿También me vas a matar a mí? ¿Y a tu hija Alicia? ¿Le reventarás la cabeza con el hacha?

Alex avanzó un par de pasos. Tímidos, sin apenas voluntad. Quería llorar, pero sus ojos reseco hacía tiempo que habían perdido esa facultad.

—Te ha mordido —contestó él—... y has visto al igual que yo lo que eso significa.

Su mujer estuvo a punto de replicar; decir, como siempre, la última palabra. Sin embargo, no pudo más que morderse la lengua y bajar la cabeza, con mirada perdida y voluntad derrotada. No podía seguir negando la evidencia: su jersey color canela, ahora salpicado de manchas oscuras, estaba roto por la manga. Aquel siete mostraba claramente la herida infectada en su antebrazo: vendada de mala manera, con las venas ennegrecidas serpenteando bajo su piel hasta llegar a la mano y el cuello.

—Ya estaban muertos —balbuceó Alex, pensando en sus otros dos hijos, caídos bajo su hacha.

—Y ahora nos matarás a nosotras, ¿verdad? —Petra quería permanecer desafiante, pero podía olerse cierta resignación en su tono.

Y aquella aceptación justificó los actos del padre. Ella lo sabía tan bien como él, pero no era tan fuerte para afrontarlo. No cuando se trata de la muerte de tus hijos, y la tuya propia.

En medio de aquella conversación, Alicia se empotraba, sin descanso, una y otra vez contra la endeble puerta de madera. No había futuro para ella. Había sido condenada, al igual que sus hermanos mayores, a convertirse en un monstruo hambriento.

—Cielo... ¿quieres que Alicia siga siendo un monstruo así? Lo leíste en aquel diario, lo viste en tu hijo Fer. Tu hija ya está muerta...

La voz de Alex sonaba distante y vacía, totalmente inexpresiva. Como si leyese en voz alta las instrucciones de un electrodoméstico

—Pero mírala, aún se mueve. No puede estar muerta. No...

—¿Quieres que sea un jodido zombi el resto de sus días? ¿Y que ataque sin remordimientos a toda persona que vea? Ya has visto lo que te ha hecho en el brazo.

—Ella... está enfadada porque la tenías atada como un animal y... y... —la voz de Petra se quebraba por momentos, sabía que no tenía ningún argumento que pudiese sostener— estaba enfadada, sólo eso.

—¿Y tú, Petra? ¿Quieres convertirte en algo así? ¿Quieres vagar hasta convertirte en un esqueleto podrido que no se pueda levantar del suelo?

Petra levantó la mirada y mantuvo sus ojos, llenos de lágrimas, en los de Alex. No pudo aguantar más y rompió a llorar, desmoronándose allí mismo. En la enésima sacudida, Alicia consiguió sacar un brazo y tanteó el aire. Estaba a punto de agarrar la alborotada melena de Petra cuando un susurro salió de entre sus carnosos labios:

—Lo siento. Lo siento tanto... Te quiero, Alex —y desplomó la cabeza, dejando a la vista su nuca.

Ésa que tantas veces había besado él. Que tantas veces había acariciado, que tantas veces había agarrado en el clímax de sus noches de pasión. La misma porción de cuello que rozó cuando le regaló aquel colgante, en pleno noviazgo. Ella se había estremecido al sentir su contacto en la piel, sus vellos se habían erizado y la manida mariposa había revoloteado por su interior.

Ahora también notaba el estómago encogido. Y también por culpa del hombre de su vida, ése que robó su corazón y que persiguió hasta el fin del mundo. Pero no tenía el estómago encogido por caricias en el cuello. No. Si no porque en breves momentos se lo iba a rebanar con un hacha.

Alex sostenía, en alza y temblando, el arma sobre su cabeza. Los segundos se convirtieron en años, la espera dolía más que cualquier herida, pero no podía dar el siguiente paso.

—Lo hago por vosotros... —quiso excusarse por última vez.

—Lo sé, cariño. No nos olvides y siempre estaremos contigo —volvió a susurrar con una dulzura apenas audible

—Jamás. Jamás os olvidaré —tensó sus músculos— Os amo tanto...

Reunió el coraje preciso y lanzó sus brazos hacia abajo. Comprendió entonces que cuando terminase aquello, estaría solo. Absolutamente solo en un mundo gobernado por los muertos.

—Sé fuerte, amor —escuchó Alex en el instante previo a que el filo se hundiera en el cuello de Petra.

El corte fue limpio y un segundo después pudo ver, por el rabillo del ojo, cómo la cabeza de su esposa rodaba sobre el parquet, ocultándose bajo la cama. Por fortuna se quedó lejos de su vista y agradeció aquel suspiro que le había concedido el destino. No podía ni imaginarse cómo sería ver la expresión de su mujer en su cabeza seccionada.

Alicia no perdió el tiempo. De un empujón a la puerta, consiguió apartar el cuerpo descabezado de su madre y saltó fuera del armario. Aún así, su libertad fue efímera. Al otro lado de la puerta entreabierta le esperaba su padre, listo para terminar toda aquella pesadilla. El hacha se clavó en su frágil cráneo y Alex soltó el arma, antes incluso de que el pequeño cuerpo se desplomara. No podía seguir blandiendo aquel mango de madera, ni permanecer más tiempo en su dormitorio. Se había dado la vuelta con rapidez y abandonaba el cuarto cuando escuchó caer el cuerpo de su hija, chapoteando en el charco de sangre que manaba del cuello de su madre.

Aquello revolvió sus entrañas y estuvo a punto de desplomarse. Se agarró al marco de la puerta, y con pasos lentos y pesados, se marchó de allí. Dejó atrás los dos cadáveres y se alejó por el pasillo, pasando junto a las habitaciones de sus otros dos hijos. Recordó, sin poder evitarlo, los recuerdos de cómo también tuvo que clavar el hacha en sus cabezas. Alex maldijo otra vez más su vida. Sólo quería morir e hizo todo lo posible por dejar atrás el paraíso que había perdido. Continuó sin detenerse a ver los cadáveres inertes, rumbo a la buhardilla.

Salió al tejado y se sentó en su lugar favorito, ese dónde cada tarde, acompañado del sol que se escabullía entre las montañas, podía evadirse de cualquier problema mundano. Pero hoy, el sol estaba en su cénit y los problemas distaban de ser mundanos. Melancólico y trastornado, quiso encontrar una explicación a todo. Recapitular, rememorar la forma en la que su vida se había torcido tanto que llegó a romperse en mil pedazos.

Una par de semanas atrás bajaron al pueblo. Como de costumbre, a primeros de mes viajaban por la tortuosa carretera para aprovisionarse de toda clase de alimentos, además de hacer algo de vida social. Alex y Petra se habían mudado hacía años a una casa de campo perdida en mitad de la nada, cerca de unos bosques preciosos, inhóspitos, casi vírgenes. Aquella mudanza había consistido en un cambio radical en la forma de vida de Alex. A sus treinta y pocos años, ya había engrosado la peligrosa lista de pacientes cardíacos sufriendo un alarmante infarto. Después de haber ganado una fortuna en la bolsa y haber perdido su salud en ella, decidió acabar con esa vida de estrés y agobio. Quería vivir el resto de sus días junto a su mujer, encinta, y la fortuna que había amasado le daba aquella oportunidad. Se mudaron a la casa de campo más bonita que encontraron y ninguno de los dos dudó ni un instante en dejarlo todo, adoptando aquella aislada y pacífica forma de vida, dónde ni siquiera llegaba la cobertura de telefonía móvil ni la señal de televisión.

Por eso, cuando llegaron al pueblo y lo encontraron asolado, no podían entender qué ocurría. Sólo cuando Vicente, el famoso afilador de la comarca, se abalanzó por sorpresa sobre su hija menor, comprendieron la gravedad del asunto. El desgraciado se había colado por la ventanilla trasera, saliendo desde un callejón. Agarró a Alicia y, de un mordisco, arrancó dos de sus pequeños dedos. Alex intentó luchar con él, pero por más que le golpeaba, Vicente no se rendía. Desesperado corrió de nuevo al coche y salió a toda velocidad del pueblo, entre los gritos desesperados de su hija.

Intentaron ir al ambulatorio de otro pueblo cercano, más grande y con más medios. Cuando el padre se internó en el pueblo, dejando a su familia escondida, no se encontró otra cosa que decenas de enajenados como Vicente. Por más que suplicó ayuda, nadie apareció para ayudarlo. Y fue cuando comprendió todo: de unos panfletos informativos que volaban por la calle, Alex descubrió que las autoridades habían dictado hace mucho tiempo que la gente se encerrase en sus casas y aguantasen lo mejor que pudiesen. La enfermedad era incontrolable. Los muertos dominaban las calles. Y eso hizo él, volvió con su familia y se encerraron en casa. Cuidaron ellos mismos de su hija, le administraron todas las curas y medicinas que pudieron, pero ella cada vez estaba más y más enferma. Empeoró hasta que... dejó de ser su hija.

El resto fue un cúmulo de calamidades, desobediencias de sus hijos y mala suerte. Cuando Alex se quiso dar cuenta, el hermano mediano se había escabullido por la noche para desatar a su hermana pequeña, a la cual adoraba desde que nació. Ella le correspondió con un mordisco en la cara, arrancándole buena parte de la mejilla y plagando la casa de gritos, carreras y mordiscos. Cuando se quiso dar cuenta, Alex intentaba salvar a su mujer matando a sus propios hijos, pero ya era demasiado tarde. Se encontró a su mujer luchando con Alicia y observó cómo sus dienteillos se hundían en la carne, atravesando su jersey color canela. De una carrera salvó su propio pellejo, encerrándose en el baño mientras lo que quedaba de su familia luchaba a muerte.

Como era de esperar, la culpa no tardó en hacer mella en Alex. Se encendió cuando recuperaba el aliento en el baño, se avivó cuando cortó la cabeza de su mujer y ahora ardía con virulencia en su interior. Le consumía y devoraba, no quería hacer otra cosa más que morir. Evitar la desgracia hubiese sido tan fácil que se lamentaba hasta rabiarse, tan sólo controlando a sus hijos, manteniéndoles lejos de la pequeña bestia. Todo se hubiera evitado si hubiesen asumido que habían perdido a su amada Alicia.

Pero lo hicieron, y ahora él los había perdido a todos. Alex quería morir, no podía seguir adelante él solo.

No dejaba de pensar en cómo hacerlo, pero no tenía medios. La casa era baja, de una planta, no se mataría si saltaba desde el tejado. Caería sobre la mullida hierba y, como mucho, se partiría algún hueso. Quizás podría ahorcarse en algún árbol del bosque, o cortarse las venas en la bañera. Pero tenía miedo.

Miedo de que volviera como uno de esos muertos vivientes. Miedo de no poder reunirse con su familia, allí donde estén. No quería ser un zombi, no quería vagar por la eternidad destruyendo las vidas de otros supervivientes.

Y cuando no deseaba otra cosa más que un arma, que una bala... aparecieron. Alex había pasado horas lamentándose en aquel tejado, deshidratándose bajo el sol contundente de un verano maduro. Y a lo lejos, entre los árboles, divisó algo que se movía. Al poco tiempo pudo escuchar el ruido de un motor y, un poco más tarde,

distinguió los colores blanco y verde en la carrocería de un todoterreno, el cual estaba coronado con unas sirenas en el techo. Venía precedido de un pequeño furgón militar, con una gran cruz roja sobre fondo blanco.

Alex se levantó como una exhalación y corrió por toda la casa hasta salir al exterior. El vehículo ya se había detenido y dos guardias civiles se apeaban en ese momento, viendo al hombre salir de su casa, incrédulo por verlos.

—Guardia Civil, buenas tardes —dijo el más alto de los dos, un hombre fuerte aunque con una prominente barriga.

Su compañero rodeó el vehículo hasta alcanzarle, leyendo una libreta para después preguntarle. Del furgón bajaban ya varios militares, unos enfundados en trajes protectores y otros protegiéndoles con grandes armas.

—Buenas tardes, somos el equipo de recogida de enfermos destinados a este municipio ¿es usted Alejandro Castaño Álvarez? —su voz sonó jovial, el chico parecía recién incorporado al cuerpo, algo desgarrado y flaco.

Alejandro se quedó a mitad de camino de su casa y de los agentes, sin comprender todavía lo que estaba sucediendo. No sabía qué hacer, mil ideas pasaban por su cabeza.

—Sí, soy yo —terminó por decir.

Pensó en abalanzarse contra ellos, que le disparasen y así acabaría con su sufrimiento. El chico apuntó algo en la libreta, pero el más mayor y, al parecer su superior, no dejaba de mirarle.

—¿De quién es esa sangre? —terminó por preguntar.

Alex se miró de arriba a abajo. Efectivamente, tenía manchas y salpicaduras por todo el cuerpo. Sangre de sus hijos, de su mujer. ¿Cómo iba a decírselo a los agentes? Ante su silencio, el guardia civil siguió preguntando:

—¿Dónde está el resto de su familia, señor Castaño?

Aquello minó su moral. Derrotado, Alex no aguantó más y sus rodillas acabaron hincándose en las hierbas secas de su finca.

—Tuve que hacerlo. Ellos ya... No eran... No pude hacer nada.

Los agentes se acercaron raudos hasta él.

—Tuve que matarlos. Se convirtieron en una de esas cosas, en muertos vivientes, yo...

El joven bufó, molesto. El mayor le cogió del cuello y le tumbó en el suelo. Le cogieron de las muñecas y en un segundo le esposaron.

—Ayúdeme con él, Martínez —dijo a su compañero, izándole del suelo.

Alex fue llevado por los agente hasta el interior del todoterreno, tirándole sobre los asientos traseros. El equipo militar ya se había internado en la casa y arrastraban los cuerpos de su familia, enfundados en bolsas negras. Los dejaron al lado de la entrada, junto con unas etiquetas que pegaron en las bolsas.

—Los ha matado a todos, a su mujer y a sus tres hijos, parece ser que con un hacha —uno de los militares informa a los agentes, ya subidos en la parte delantera del coche.

—Con un hacha. Jodido enfermo... —el agente joven tacha con violencia varios nombres de la lista.

—Calma, Martínez. Debería estar preparado para esto —le espeta su jefe, arrancando el vehículo y mirando el mapa de la zona.

—Lo siento, sargento. Sé que nos han llegado informes de colgados que se creían que esto era un apocalipsis zombi, pero no puedo imaginarme lo que ha podido hacerle a esos niños. El más mayor no pasaba de los diez años.

—Yo... ¿qué querían que hiciera? —Alex se defendió, sin saber por qué le juzgaban de aquella manera.

—¿Pedir ayuda? ¿Seguir las recomendaciones del Ministerio de Sanidad y del ejército?

—Pero... pero... ¿existía una cura? ¿el mundo no había sido devastado por ellos?

—¿Acaso no ha estado pendiente de la televisión? —le preguntó el sargento.

Alejandro no tenía televisión en su casa. Y pensó que había visto más que suficiente en los pueblos de alrededor, todos devastados.

—Si las heridas no son graves, claro que es curable —su tono sonaba cómo si no entendiese tal obviedad.

—Yo... pensé que ya estaban muertos. Que... que... —Alex empezaba atragantarse con sus propias palabras.

—¡Puto chiflado de los zombis! —espetó su compañero, arrojando la libreta sobre la guantera.

—¡Martínez!

Alejandro estaba clavado en el duro asiento del todoterreno. No podía creer lo que estaba sucediendo. ¿Todo podía haberse evitado? ¿Podían haber curado a su familia?

La enfermedad... ¿era reversible?

—Lo siento, sargento. Pero es que ¿de qué sirve tener una cura si calaña como esta es capaz de matar así a la gente? ¿De qué sirve recorrerse casa por casa, con este maldito censo? ¿De qué sirve haber frenado la enfermedad? ¿Para encontrarte cosas así?

—Pues debería ver las masacres que algunos hicieron en las ciudades. Hay condenados a muerte por más de mil asesinatos.

—No lo entiendo, sargento. Esto escapa de mi entendimiento. Matar a tu propia familia antes que buscar el remedio a una enfermedad. Ni el Medioevo fue tan salvaje. ¡Maldita moda de los zombis! Fueron todas esas películas, todos esos libros. ¡Han desquiciado a la gente!

Si la culpa ardía cuando Alex estaba en el tejado, ahora le consumía las entrañas. Quería gritar, revolverse, salir corriendo. No resistía a su corazón quemándose, tenía náuseas, quería vomitar. Sentía que iba a explotar, y explotó. Y gritó. Y se revolvió. Y se golpeó.

Los agentes pararon en mitad del camino y quisieron detenerle. Al fin y al cabo, debían de protegerle para que pudiese ser juzgado. Pero Alex se escabulló. Se escurrió de entre las manos del chico y salió corriendo por el bosque. Ignoró las voces de los guardias civiles, los disparos al aire. Y también los disparos sobre los troncos, a su alrededor. Si le alcanzaban, era lo que él quería.

Corrió durante minutos, golpeándose con ramas, arañándose con la maleza. Corrió y corrió hasta que echó el resto. Y al final de la carrera, se detuvo exhausto, vomitó todo lo que tenía en el estómago y cayó de nuevo, de rodillas, en el suelo.

Gritó desde lo más profundo de su alma y su voz reverberó en el valle, acompañando a sus lágrimas que corrían como ríos desbordados. Su corazón latía tan fuerte que su pecho iba a reventar y una bandada de cuervos atravesó sus entrañas, haciéndole temblar de pies a cabeza.

Pero antes de que Alex entrara en shock, el ruido de unas pisadas sonó tras de sí.

Al voltearse, vio a Consuelo. Mujer entrada en carnes y años, era la amabilidad en persona. Y también la panadera que hacía las barras de pan más buenas que jamás había probado, pero ahora quería cobrarse sus placeres culinarios desgarrando la carne de Alex.

El hombre pudo levantarse, pudo seguir corriendo y pudo desaparecer, lejos de las crispadas y ensangrentadas manos de la mujer. Pero no lo hizo. Esperó a que Consuelo se abalanzase encima de él, y entonces le ofreció el cuello.

Alejandro apretó los dientes y los puños, aguantando los gritos de dolor mientras aquella mujer le arrancaba de cuajo la yugular.

—Ya voy, cariño. Ya voy.

EL HAMBRE

Alberto Morán

Cuando despertó, lo primero y único que sintió fue hambre: un hambre atroz, horrible, maníaca. No le dolió el fermento vitriólico en el que se había convertido la sangre en sus venas muertas, ni el agarrotamiento de unos músculos aún rígidos; tampoco recordó nada acerca de quién había sido en vida o cuál había sido la causa de su fallecimiento. Solo existía el ansia por devorar. Nada más.

A su alrededor reinaba un silencio perfecto y absoluto. Si no podía cazar con el oído tendría que hacerlo con la vista, así que quiso abrir los ojos, pero comprobó que no podía. Lo intentó una vez más y sus párpados continuaron pegados el uno al otro, como sellados a fuego. Aquel desagradable contratempo le importunó y sus pulmones enviaron una ráfaga de aire destinada a convertirse en gemido... pero su boca estaba cerrada.

Libre del control de la voluntad o la mente, muertos ambos desde hacía tiempo, el hambre continuó aumentando, lanzando caóticas órdenes a cada centímetro de su cuerpo... pero cada vez que intentaba llevar a cabo hasta la más eximia acción, la quietud en la que se sentía flotar la frustraba: no pudo mover sus piernas ni sus brazos, tampoco la cabeza. Estaba inmóvil, como detenido en el tiempo.

Atormentado por una voracidad que crecía cada segundo, continuó peleando contra aquella fuerza, fracasando una y otra vez. Una mente consciente hubiese claudicado, resignándose a vivir una eternidad con la única compañía del silencio, la soledad y el hambre. Pero la suya no.

Quiso aullar. No pudo.

—Mírelo de este modo: en el siglo diecinueve aún se llevaban a cabo trepanaciones, ¿puede creerlo? Hace doscientos años estábamos curando migrañas con berbiquís. ¡Y la gente decía encontrarse mejor! La medicina avanza a pasos agigantados, señor Brown, y el desarrollo cada vez es mayor. Si los procedimientos de hace un siglo nos parecen de risa... ¿cómo cree que verán las generaciones futuras nuestros trasplantes, vacunas y medicinas? Por eso en nuestra empresa apostamos por el futuro.

No terminaba de convencerle aquel individuo. En primer lugar, sonreía demasiado, lo que le ponía nervioso. También abría muchos los ojos y era obvio hasta extremos ridículos que se trataba de un gesto forzado... ¿por qué adoptaría esa expresión? Él mismo había leído toneladas de manuales de atención al cliente, estrategias de marketing, trato cara a cara, publicidad y ventas, pero en ninguno de ellos se animaba al lector a imitar al gato de Cheshire. Su perfume, sin embargo, le gustaba: olía a musgo y madera, como el que solía utilizar años atrás, antes de que su compañía despegase en bolsa gracias al hundimiento de sus competidoras durante la gran crisis de 2008. Cuando sus acciones pasaron a valer dos dígitos, desechó aquel perfume y optó por otros más complejos, de firmas acordes a un hombre de su posición. Sin embargo, siempre recordaba aquel olor: le recordaba a tiempos más sencillos.

—¿Y si se tratase de algo incurable como un cáncer terminal o un derrame cerebral?

—Sigue anclado en los términos del presente. ¿Qué es incurable y qué no lo es? Hace no mucho, la humanidad estaba convencida de que la viruela era indestructible... ¡y sin embargo, la erradicamos! La terminología médica es voluble, relativa, varía y cambia en función de los nuevos descubrimientos. ¿Sabe lo que le hubiese ocurrido de haber sufrido la angina de pecho hace cien años?

Recordaba la sensación como si fuese ayer. Tenía unos papeles en la mano y se dirigía a una reunión contable, algo rutinario. Acababa de pulsar el botón del ascensor cuando notó una aguja en el pecho y frío, mucho frío, como nunca antes había experimentado. El miedo no tardó en adueñarse de él y respiró aceleradamente mientras dejaba caer los papeles al suelo y retrocedía hasta chocar contra una de las paredes de aquella caja de metal que, a sus ojos, cada vez se parecía más a un ataúd. El dolor fue en aumento hasta que se sintió como una de las mariposas que coleccionaba: empalado por un alfiler. Gimió, cayó al suelo y se apretó el pecho con fuerza a la vez que notaba una creciente presión en la mandíbula. Perdió el conocimiento.

Desde aquel día el miedo a la muerte le persiguió cada minuto, estuviese ocupado u ocioso, como si aquel pavor se dedicase a roerle los talones y no fuese capaz que quitárselo de encima. Veía las noticias y lloraba, leía una esquila del periódico y se estremecía, notaba cualquier dolor y temblaba, llevando la mano al pastillero que pendía de su cuello. Los meses no mitigaron aquella sensación, sino al contrario: cada día transcurrido le parecía un grano menos en el reloj de arena de su vida, una hoja del calendario arrancada. Llegó a maldecir las horas de sueño, pero las pastillas de cafeína y las bebidas energéticas, aliadas durante tanto tiempo, pasaron a ser placeres prohibidos, pequeños billetes a la muerte.

Un día, navegando por internet durante una jornada tranquila, descubrió algo que le llamó la atención y decidió hacer algo al respecto.

—Le supongo enterado, pero nuestro precio refleja el mejor tratamiento del mundo. Por ejemplo, nuestras instalaciones están preparadas para mantenerse en funcionamiento durante años, incluso en casos de apagón o...

—No voy a reparar en gastos... —interrumpió—. No con esto.

Bajó la cabeza y suspiró. Se sentía un poco ridículo en aquella situación, tramitando algo tal delicado con la banalidad de una compra de acciones.

—Entiendo que todo esto le afecte. Sin embargo, tiene motivos para verlo con optimismo y alegría —Era la séptima vez que decía la palabra “optimismo” en el tiempo que llevaban hablando—. Así que si está de acuerdo, tengo los formularios en el fichero. En cuanto contemos con su firma y se haga efectivo el ingreso, lo pondremos todo en marcha para que disponga de...

—Mi sarcófago de hielo...

—Señor Brown, por favor —dijo mientras reía, enseñando sus dientes perfectamente blancos—. No hay razón para utilizar términos tan cínicos. Nosotros lo llamamos cámara de crionización.